

PUNTO

ROJO



EL ASESINO COMPASIVO

Clark Carrados

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



CLARK CARRADOS

EL ASESINO COMPASIVO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 880
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 2.182 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1979

© Clark Carrados - 1979
texto

© Three Lions - 1979
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.621 — El rancho vacío.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.490 — Sabor a muerte.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

877 — Un honrado ladrón.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

CAPÍTULO PRIMERO

—Le aseguro que no es nada personal, señora —dijo el hombre apaciblemente, mientras se acercaba al lecho donde yacía la anciana—. Simplemente, me lo encargaron, es todo cuanto puedo decirle.

—Pero yo..., pero yo... —Las manos de la mujer, sarmentosas, sin apenas más que huesos y piel, se crisparon sobre el embozo de las sábanas—. Escuche, tengo dinero..., puedo darle mucho dinero —ofreció, en un desesperado intento de salvar su vida.

—De eso se trata precisamente —sonrió el individuo—. De dinero, pero, naturalmente, no será usted quien me lo dé. Por favor, señora; no me ponga las cosas más difíciles de lo que ya son y tómese ese sedante. Le aseguro que no sentirá nada.

—No quiero tomar ningún sedante...

—Oh, sí, sí lo va a tomar —dijo el hombre.

Los ojos de Arabella Corton estaban inundados de lágrimas. ¿Era posible que le sucediese una cosa así? ¿Por qué no venía su sobrino a ayudarla? Si Jim estuviese en la casa, atacaría resueltamente al hombre que quería asesinarla. Jim, alto, guapo, atlético...

¿Cómo iba a consentir su sobrino que a ella le sucediese nada malo?

El hombre pareció adivinar sus pensamientos y sonrió.

—Señora —dijo—, no espere ayuda de Jim. Precisamente está fuera de la ciudad para tener una buena coartada.

—¡No, eso no...!

—Le juro que es cierto. Vamos, señora, no haga más difícil mi tarea.

Súbitamente, la anciana pareció comprender la verdad.

—De modo que mi sobrino...

—Sí, señora.

—Y este sedante sirve...

—Para que no padezca, señora.

—No iré a degollarme, joven; pondría la cama perdida de sangre.

—Oh, por favor, señora; soy un hombre enamorado de la limpieza bajo todas circunstancias —protestó el asesino.

—Me siento terriblemente curiosa —dijo la anciana—. ¿Cómo piensa asesinarme, muchacho?

El hombre se lo dijo. Arabella hizo un gesto aprobatorio.

—Muy ingenioso —dijo—. Y hasta artístico, diría yo.

—Gracias por sus elogios, señora. Y ahora, por favor, el sedante...

Arabella tomó la tableta y el vaso de agua que le ofrecía su interlocutor. Con perfecta sangre fría, ingirió la tableta, junto con un pequeño sorbo de agua.

Luego sonrió.

—Ya está, muchacho.

El asesino hizo una cortés inclinación de cabeza.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señora —dijo.

Arabella hizo un leve gesto. Se acomodó en su enorme lecho, con dosel sostenido por columnas de brillante madera oscura y fijó la vista en el hombre que tenía a los pies.

El hombre sonreía tenuemente. A los pocos segundos, Arabella indicó la cabeza a un lado. Su respiración se hizo regular.

Entonces, el asesino dio media vuelta y abandonó la estancia. Se hubiera sorprendido mucho de ver que la anciana se incorporaba parcialmente y estiraba los brazos para alcanzar un cuaderno de notas y un lápiz que tenía sobre la contigua mesilla de noche. Con pulso relativamente firme, Arabella escribió:

«No conozco a mi asesino, aunque sé que es joven y bien parecido y, calculo, tendrá entre treinta y cinco y cuarenta años. Pero esto es lo de menos. El asesino ha confesado que actúa por instigación de mi sobrino Jim Grisby, en estos momentos, fuera de Kelmonton. Por tanto, y sabiéndome en inminente peligro de muerte, desheredo absolutamente a mi sobrino Jim Grisby y encomiendo a mis albaceas testamentarios, los señores MacDivitts, de

MacDivitts & Co.,

se ocupen de que toda mi fortuna vaya a parar a las instituciones benéficas que ellos mismos elijan: y que si mi sobrino hubiese pedido algún préstamo, con la garantía de la herencia, rechacen cualquier demanda en ese sentido. No se podrá probar que Jim Grisby encomendó mi asesinato a otra persona, pero, al menos, no se lucrará de este crimen. Estoy impedida en la cama y no puedo moverme, pero juro ante Dios que todo cuanto antecede es la pura verdad».

Cuando terminó de escribir, Arabella apenas si veía. Dejó la libreta a un lado y cruzó las manos sobre el pecho. Sonrió mientras pensaba que había podido engañar al asesino, manteniendo la tableta bajo la lengua, a fin de retrasar su disolución y, por tanto, sus efectos sedantes. Pero sabía igualmente que no podía oponer resistencia a un hombre cuarenta años más joven y, bien mirado, ya estaba un poco harta de la vida. Eran demasiados años en la cama, sin poder moverse...

Se preguntó qué método emplearía el asesino. ¿Por qué se había marchado en lugar de ponerle una cuerda al cuello?

De repente, empezó a notar que le faltaba el aire. Pero el narcótico hacía ya sus efectos y no supo a qué achacar aquel principio de asfixia.

Un cuarto de hora más tarde, se produjo una formidable explosión y las paredes de la estancia se derrumbaron con gran estruendo.

El jefe Brewster se paseaba nerviosamente por su despacho. Hundido en un butacón, con las yemas de los dedos juntas, el sargento Nelson Tunney escuchaba pacientemente las quejas de su superior.

—Tres asesinatos —dijo Brewster—. Llevamos ya tres asesinatos, todos ellos de personas adineradas, ancianas y en mal estado de salud, y en ninguno de ellos hemos conseguido adelantar un paso. ¿Ha leído usted los periódicos, sargento?

—Sí, señor, es mi plato favorito para el desayuno —contestó Tunney con todo desparpajo—. Con el debido respeto, señor; nos ponen verdes.

—He estado pensando mucho sobre el particular y voy a encomendarle a usted la investigación, sargento. Actúe como le parezca; por supuesto, sin quebrantar las leyes; pero quiero que obtenga resultados. No se le asignará otra misión, hasta tanto no haya resuelto el caso... ¿cómo lo llamaría usted, Tunney?

—«El caso del asesino compasivo», señor. Las víctimas, dejando aparte su fortuna, o estaban impedidas o padecían graves enfermedades, incurables. La muerte ha puesto fin a sus sufrimientos.

—Es un buen título, en efecto —aprobó el jefe Brewster—. Pero en último caso, el que contrató el asesino se llevó un buen chasco. Jim Grisby debe de estar encomendándose a todos los diablos. No cobrará un solo céntimo de la herencia de su difunta tía Arabella Corton. La pobre mujer tuvo la serenidad suficiente para... En fin, ya conoce usted la última carta de la anciana.

—Sí, señor.

—Ciertamente, no podemos probar la culpabilidad de Grisby, pero si encontrásemos al asesino, se las haríamos pasar muy estrechas. Ahora bien, en Kelmonton hay varios tipos que se dedican a matar a la gente por dinero. Alguno de ellos, quizá...

Tunney tenía en las manos ahora una lista de los posibles sospechosos.

—Francamente, señor; yo no creo que haya sido ninguno de ellos, señor —manifestó—. «El asesino compasivo» ha empleado siempre métodos absolutamente nuevos e inesperados. No hay más que fijarse en la muerte de la señora Corton. Extrajo el aire de su habitación con una bomba de vacío..., aunque es preciso admitir que algo le salió mal, porqué la buena mujer no murió por falta de aire, sino a consecuencia del hundimiento de las paredes del dormitorio, que no pudieron resistir la presión del aire exterior. Eso es lo que se llama implosión, un estallido «hacia adentro», lo mismo que sucede cuando se tira una bombilla al suelo. O cuando se rompe la pantalla de un televisor, donde hay un vacío casi perfecto.

—Sin duda, no calculó bien la resistencia de los muros —dijo el jefe Brewster.

—Eso es lo que pienso yo, señor. Pero la anterior víctima, Louella Trask, también impedida, murió electrocutada al intentar encender el televisor. Una forma poco común de asesinar a la gente.

Y la otra víctima, Sam Farndon, se ahogó en la bañera. No es corriente, pero puede suceder, y el forense no encontró en sus tobillos las señales de unos dedos que los hubieran sujetado para hacerle meter la cabeza bajo el agua. El forense dijo que, simplemente, Farndon perdió el conocimiento. ¿Cómo lo consiguió el asesino?

—Eso es cosa que le compete a usted, Tunney. Haga lo que sea, pero encuéntralo. A partir de este momento, tiene las manos libres.

Tunney se puso en pie. Era un hombre de unos treinta y dos años, no demasiado alto, muy ancho de hombros y con unas manos como palas. En alguna ocasión se le había visto doblar una herradura con las manos, pero el sargento no era hombre al que le gustaba alardear de fuerza física. En su rostro cuadrado, lucían unas cejas como cepillos y tenía la nariz ligeramente torcida, consecuencia de la pelea sostenida con un maleante que se las tuvo tiesas con él. El hampón tuvo la satisfacción de aplastar la nariz del policía, pero fue una satisfacción muy breve; después de tres meses de estancia en el hospital, curándose los huesos rotos, había ido a parar a la cárcel por nueve años.

Cuando el sargento se dirigía a su despacho, se encontró con una persona conocida.

Inmediatamente, hizo una mueca.

—Largo, fulana —dijo de mal talante.

Neryna Hawks se echó a reír. Era una joven de buena estatura y cuerpo agradablemente dotado por la naturaleza.

El pelo, muy corto, era de color castaño claro y los ojos tenían unas preciosas pupilas verdosas. Resultaba tremendamente atractiva, pero el sargento le daba dolor de estómago cada vez que veía a la joven.

—¿Le molestan mis merodeos por el departamento de policía, sargento? —preguntó insolentemente—. Si es así, debe aguantarse; ya sabe que la prensa...

Tunney se volvió con rapidez.

—¿Qué prensa? —preguntó vivamente—. ¿Acaso se refiere usted a ese periódico inmundo para el cual trabaja?

—Si mi periódico le elogiara, sería para usted el mejor periódico del mundo. ¿O no?

—*La Voz de Kelmonton* es pura mierda impresa. Hay quien le

llama *La Basura de Kelmonton*. Otros le dicen *El Graznido*, aunque, personalmente, prefiero llamarle *El Gruñido*. ¿Se imagina usted por qué?

Neryna había palidecido un tanto, aunque seguía sonriendo.

—Ya sé que no somos santo de su devoción, pero tenemos un sagrado deber que cumplir con nuestros lectores, que también son contribuyentes.

—Los lectores de su periódico son gentes depravadas, para los cuales el olor de un arenque podrido es el *summum* del perfume. Una sola gota de «Chanel n.º 5» les haría desmayarse de asco.

—Está muy crítico, sargento —comentó Neryna—. ¿Se debe, tal vez a que le han encomendado un caso particularmente difícil..., el del hombre que ha cometido ya tres asesinatos, todos ellos de personas gravemente enfermas e impedidas y, además, con mucho dinero?

Tunney se disponía ya a entrar en su despacho, y de nuevo se giró hacia la periodista.

—Tiene usted buenas fuentes de información, señorita Hawks —dijo heladamente.

—Las suficientes para saber que he dicho la verdad —contestó ella sin inmutarse—. Pero mis fuentes de información no acaban precisamente en jefatura, como puede imaginarse.

—¿Qué quiere decir usted?

—Pregunte mejor qué es lo que le propongo, sargento. Le propongo, simplemente, aunar nuestros esfuerzos para encontrar al asesino. Usted conseguirá méritos para ganarse el grado de teniente que ya tenía en la mano y que perdió estúpidamente, y yo conseguiré unos buenos reportajes para mi periódico. ¿Qué le parece mi proposición?

Tunney entornó los ojos, mientras contemplaba críticamente a la periodista.

—Acepto, con una condición que tú debes aceptar también —dijo, tuteándola de pronto.

—¿Cuál es esa condición, Nelson?

—¿Quieres ir a la cama conmigo?

En un principio, Neryna dio un violento respingo. Luego, recobrándose, sonrió con gran dulzura.

—Cenaremos juntos esta noche y después nos iremos juntos a la

cama —accedió.

CAPÍTULO II

El coche se detuvo en el camino solitario y su ocupante, después de apearse, miró en todas direcciones. La vía férrea, por la que un minuto antes había pasado un expreso a toda velocidad, estaba escasamente a cien metros de distancia. A ambos lados del camino polvoriento, se veía abundante vegetación. Jim Grisby se preguntó por qué había tenido que acudir a una cita en semejante lugar, sobre todo, si se tenía en cuenta el tema que iba a tratar con la persona que debía encontrarse en aquellos parajes, que, relativamente cerca de Kelmonton, parecían hallarse situados, sin embargo, en otro planeta.

De repente, un hombre hizo crujir los arbustos próximos. Sobresaltado, Grisby giró en redondo.

—¡Ah, es usted! —dijo.

—Sí. No ha traído el dinero, supongo —habló el otro, parsimoniosamente.

Grisby soltó una risita.

—¿Dinero? ¡Usted está de broma! Bastante tuve con librarme de ir a parar a la cárcel. Mi adorada tía Arabella pudo escribir algo antes de morir..., y usted lo sabe tan bien como yo, puesto que su última carta fue publicada en todos los periódicos de Kelmonton. ¡Vaya un asesino profesional! —añadió despectivamente—. Ni un elefante lo habría hecho peor...

El asesino no se inmutó.

—Jim, yo le garanticé la muerte de su tía, a cambio de cien mil dólares —dijo, sin perder su impasibilidad—. Su tía murió y eso es lo que importa. Ambos nos comprometimos en un trato, que sólo yo he cumplido. No me gusta que me engañen, ¿sabe?

—¡Pero ella me desheredó...!

—Debió haber previsto que podía pasar algo semejante. Debió, en suma, haber conseguido el dinero antes de que la vieja muriese.

Usted era su ojito derecho y pudo habérselo sacado a tiempo. Pero no fue así y yo siempre cobro mis deudas, ¿entiende?

Grisby se encogió de hombros.

—No veo cómo —respondió—. Ahora tengo que trabajar por un sueldo miserable...

De repente, el asesino disparó su puño derecho. Grisby, sorprendido, no pudo evitar el golpe y cayó como un fardo.

Cuando despertó, se encontró tendido en el suelo, atado de pies y manos. Su cuello se apoyaba sobre una superficie metálica, lisa y fría.

—Oiga, ¿qué es lo que pretende hacer...?

Su espalda reposaba sobre algo duro e irregular. Delante de sus ojos, el asesino sonreía perversamente.

—Es una nueva versión de aquellas viejas películas, en que el malvado ataba a la heroína a la vía del ferrocarril, para que cuando pasara el próximo tren. —Consultó su reloj—. Faltan menos de dos minutos para que pase un tren de carga.

Aterrado, Grisby se dio cuenta de que el metal sobre el que se apoyaba su cuello era uno de los rieles de la vía. Forcejeó, pero entonces advirtió que tenía las manos atadas a sendas traviesas.

—Oiga, suélteme, por lo que más quiera... —imploró.

—Soy un hombre compasivo —dijo el asesino sin alterar el tono de su voz—. Le espera una vida rutinaria, haciendo siempre lo mismo, poca cosa con un sueldo que no llega a los doscientos dólares semanales... Vivir así debe dar un asco imponente y yo pretendo liberarle de una existencia insulsa e inútil para los demás. Aparte, naturalmente, de que estoy cegado por el despecho que me causó saber que no iba a percibir la suma acordada.

—¡La culpa fue suya! —aulló Grisby—. Debíó haberse cerciorado de que mi tía estaba completamente dormida...

—Puede que haya algo de razón en lo que dice, pero usted debíó haber conseguido antes el dinero. Por supuesto, yo no hubiese cobrado un céntimo antes de que muriese la vieja..., pero, el caso es que me he quedado sin dinero y usted debe pagar por ello.

El asesino volvió a consultar su reloj.

—Ya sólo le quedan cincuenta segundos —añadió—. Ese tren suele ser muy puntual, créame.

Lentamente, retrocedió, hasta esconderse detrás de unos espesos

matorrales situados a unos treinta pasos de distancia. Sudando a chorros, Grisby percibió en la base del cuello una ligerísima vibración de inconfundible significado.

Hizo un tremendo esfuerzo y volvió un poco la cabeza. Estaba situado a la salida de una curva. El tren llegaría a una velocidad en ningún modo inferior a los sesenta kilómetros por hora. Aunque le viese el maquinista, ya no podría hacer nada por refrenar la marcha de un convoy compuesto por no menos de cuarenta o cincuenta unidades, todas ellas pesados vagones de carga.

El riel vibró con más fuerza. Grisby empezó a chillar. La sirena de la locomotora sonó al entrar el tren en la curva. Grisby tenía los pies sueltos y empezó a patalear frenéticamente, al objeto de llamar la atención del maquinista. El suelo trepidaba violentamente.

De repente, asomó la locomotora. El chillido de Grisby fue acallado por un violento sirenazo. Aún tenía la boca abierta cuando la primera rueda le seccionó el cuello.

—Tienes una casa muy bonita —elogió el sargento Tunney, después de que Neryna hubiese abierto la puerta.

—Gracias. Me gusta vivir bien, simplemente —respondió la joven—. ¿Te apetece algo?

—Hombre, si hay una copa...

—La hay. —Neryna le enseñó un bien provisto bar—. Sírrete a tu gusto, Nelson.

—Los amigos me llaman Buckie..., pero tengo muy pocos amigos —dijo él.

—Bueno, te llamaré Buckie. Por cierto, ¿has traído el pijama?

—Sí, claro. Está en el coche, aunque me parece que no lo voy a necesitar —contestó Tunney maliciosamente.

—Lo necesitarás. Ve a buscarlo. Mientras, yo voy a retocarme unos minutos.

—De acuerdo, mujer déspota.

Tunney salió de la casa y regresó antes de que hubieran transcurrido sesenta segundos. Se quitó la chaqueta y luego la funda sobaquera, con el «Magnum» 357 que solía usar habitualmente. El «Magnum» fue a parar debajo de uno de los cojines del gran diván que había en la sala.

A continuación, con el pijama en la mano, se acercó a la puerta del cuarto de baño y encendió un cigarrillo.

—¿Neryna?

—¿Quieres algo, Buckie?

—¿Qué proyectos tienes para el caso?

—Mañana espero hablar con dos confidentes. Puede que me digan algo interesante.

—¿Te has formado alguna opinión particular sobre el asunto?

—Ninguna, salvo que el asesino debe de ser un tipo que cobra muy bien por sus trabajos. Y absolutamente discreto, claro.

—Eso mismo pienso yo —suspiró el policía—. No vamos a tener una tarea fácil, ¿sabes?

Neryna rió en el cuarto de baño.

—¿Quién ha dicho que lo sea? —contestó. De pronto, abrió la puerta y apareció, espectacularmente ataviada con una bata de encajes negros, que le confería un aspecto terriblemente atractivo.

Tunney silbó.

—Le dejas a uno sin habla —comentó.

Ella le empujó con una mano.

—Anda, entra a cambiarte —dijo.

—Muy bien, si lo prefieres...

Mientras se despojaba del resto de la indumentaria, tarareaba alegremente una canción de letra más bien escabrosa. De pronto, oyó la voz de la periodista:

—Buckie.

—Dime, preciosa.

—La señora Corten murió a consecuencia de una explosión...

—Exactamente. El asesino había reducido notablemente la presión en el interior del dormitorio, pero, por lo visto, se le fue la mano con la bomba de vacío y las paredes se vinieron abajo. Hacia dentro, mejor dicho.

—Eso es que pretendía asfixiarla.

—No cabe la menor duda. Si la habitación no hubiera implosionado, la muerte de la señora Corton se habría achacado a falta de aire, por defecto de ventilación. Un plan muy ingenioso, ¿no te parece?

—Sí, pero ella estaba consciente. Supo que iba a morir y lo escribió.

—La señora Corton estaba impedida. Ese día tenían fiesta los criados. Había una doncella, pero dormía en el ala opuesta de la

casa. El timbre de llamada no funcionaba, porque el asesino lo cortó. Además, la señora Corton tomaba sedantes con frecuencia. Se encontraron rastros de esos sedantes en su sangre, pero no en cantidad suficiente para provocar sospechas de asesinato. Lo malo de todo fue la implosión del dormitorio; de lo contrario, habría sido el crimen perfecto.

Neryna se echó a reír.

—Y el pobre sobrino, que lo había planeado todo, se quedó con un palmo de narices.

—¿Un palmo? ¡Un metro! —Tunney abrió la puerta y ella contempló atónita el fastuoso pijama de seda de color rojo oscuro, con las iniciales de su dueño en enormes letras doradas.

—¡Fantástico! —exclamó la joven.

—Estoy para que se me coman, ¿no? Se pavoneó Tunney, dándose la vuelta completa a fin de que ella le pudiese ver incluso de espalda. En la del pijama se veía un aterrador dragón dorado, con las fauces abiertas y la cola con aguijón. —¿Te gusto, preciosa?

—Sí, ciertamente, estás... arrebatador —respondió Neryna.

—Bueno, guapa, ya hemos hablado bastante durante la cena y en el trayecto hasta tu casa. ¿Qué tal si cumplimos lo acordado?

Neryna le guiñó un ojo.

—Sígueme, Casanova —dijo.

Tunney trotó detrás de la joven hasta el dormitorio.

—Puedes acostarte —indicó ella, mientras empezaba a quitarse la bata.

El sargento no se hizo repetir la sugerencia. Sentado ya en la cama, vio embobado el seductor camisón corto que Neryna llevaba puesto y que permitía contemplar la mayor parte de los innegables encantos de un cuerpo excelentemente bien dotado. Ella, ondulándose sinuosamente, fue a la cama, levantó el embozo y se sentó junto a su huésped, sin dejar de sonreír.

—Apaga la luz, querido —dijo.

—Con muchísimo gusto.

Apenas se hicieron las tinieblas, Tunney se arrojó sobre Neryna, abrazándola apasionadamente.

—Cariño... —exclamó ardorosamente.

—¡Las manos quietas, tú! —gritó ella.

—Pero... chica...

Neryna le rechazó con violencia.

—No me toques, Buckie —dijo enérgicamente.

—¡Neryna! —gritó él a su vez—. Hicimos un trato...

—El trato consistía en cenar juntos e irnos a la cama después, pero no se mencionó para nada que yo tuviera que satisfacer tus apetitos sexuales, por decirlo con pocas palabras.

Ya estás conmigo en la cama y eso es todo lo que conseguirás de mí, ¿lo entiendes?

Tunney encendió la luz y se sentó.

—Me gustaría poder decirte lo que pienso de ti. Pero me tendría que enjuagar la boca con desinfectante... y quizá no haya lo suficiente en la ciudad.

Echó las ropas a un lado y se puso en pie.

—¿Adónde vas? —preguntó Neryna.

—A vestirme, claro...

—Hay otra habitación, si no quieres dormir conmigo. Pero recuerda que hemos hecho también otro trato. Y eso no pienso perdonártelo, ¿está claro?

—Eres una...

—Llámame lo que quieras: otros me han dicho cosas peores —respondió Neryna sin inmutarse—. Bien, ¿te quedas o vas al otro dormitorio?

Tunney salió dando un portazo. Pero luego, sin poder contenerse, rompió a reír alegremente. Sí, Neryna le había gastado una buena jugarreta. Tal vez algún día podría devolvérsela, pensó. Era preciso ser buen deportista y saber perder sin descomponer el gesto.

CAPÍTULO III

Por la mañana, Tunney sintió unos golpes en la puerta del baño.

—¡El desayuno está listo! —informó la anfitriona.

Tunney acudió a la cocina minutos más tarde.

—Esto huele muy bien —dijo, a la vez que desplegaba la servilleta—. Eres tan buena cocinera como detestable periodista, preciosa.

—Otros opinan de distinta manera, pero, naturalmente, las opiniones son todas respetables —respondió Neryna—. ¿Qué tal has pasado la noche?

—Maravillosamente. He dormido como un tronco.

—Muy bien, entonces, así estarás más descansado, porque me huelo que hoy vas a tener mucho trabajo.

Inesperadamente, Neryna desplegó un periódico y lo situó de modo que su invitado pudiera leer los titulares que encabezaban la primera página. Tunney se quedó atónito.

—¡Dios! Grisby, asesinado.

—Así es. Un tren de carga lo decapitó, pero estaba atado a las traviesas del tendido ferroviario, lo cual significa que es un asesinato.

Tunney se apoderó del diario y leyó rápidamente la noticia. Luego miró a la joven.

—Es tu periódico —observó—. ¿Por qué no has intervenido en el reportaje? —Estoy como tú: con las manos libres, para descubrir al Asesino Compasivo. Hablé con mi director y dio aprobación a mis propósitos.

—Entiendo. —Tunney se frotó vigorosamente el mentón—. Me pregunto quién diablos se cargó a Grisby de una manera tan espectacularmente cinematográfica. ¿No te recuerda eso las películas antiguas?

—Sí, sólo que en este caso, no había héroe que salvase a la

víctima. Y en cuanto a su matador, me he forjado una hipótesis, Buckie.

—Soy todo oídos —dijo él, a la vez que atacaba vigorosamente el plato de huevos con tocino que tenía ante sí en la mesa.

—El asesino de Grisby es el mismo que mató a su tía. Simplemente, no cobró la cantidad estipulada y lo ha matado, como una especie de castigo por el incumplimiento del pacto.

—Muy posible —admitió Tunney, con la boca llena—. Y esto viene a complicar más las cosas, ¿no te parece?

—Sí. —Neryna se puso en pie—. Cuando termines, lleva todos los platos al lavavajillas y ponlo en marcha. Cierra bien la puerta al salir. —¿Te vas ya?— se asombró él.

—Ayer dije que iba a entrevistarme con un par de confidentes. Nos veremos a la hora de la cena. Adiós, Buckie.

Tunney lanzó un hondo suspiro.

—¡Qué mujer! —dijo entre dientes—. Debe ser un verdadero torbellino.

Y luego se puso a pensar cuál debía ser su próximo paso. Había situado a cuatro detectives para seguir a los posibles sospechosos, pero estimaba que pronto tendría que suprimir aquella vigilancia. No, el caso no era común y corriente. Se salía de las «normas».

Alguien, muy astuto, y por supuesto, tremendamente despiadado, había juzgado conveniente adoptar la profesión de asesino a sueldo. Un sueldo nada bajo, por cierto, se dijo. Pero al ser un desconocido, un inhabitual, su localización se hacía infinitamente más difícil.

De pronto, recordó a una persona que podría, tal vez, darle algunos informes. Sonrió al pensar en Loona Sparks, la hermosa dueña de El Triángulo de Fuego. Loona sabía muchas cosas. Y era buena amiga suya.

Además, podía aliviarle de ciertas tensiones físicas. No, no había dormido tan bien como había aparentado delante de Neryna. Al consultar su reloj, vio que era demasiado pronto para visitar a Loona. Esperaría, no tenía ninguna prisa.

Era una mujer alta, de senos henchidos y caderas amplias y sumamente atractivas; el pelo era abundante, de color muy rubio y los ojos castaños expresaban sólo con mirar las cosas que ella sabía acerca del amor. Al ver a Tunney, Loona Sparks sonrió.

—Pensé que te habrías olvidado de mí —dijo.

—Más fácil sería empalmar la cabeza de Jim Grisby a su cuerpo —contestó él.

Loona dejó de sonreír por un momento.

—Sus últimos instantes debieron de ser horribles —contestó—. Pero yo no puedo decirte nada...

Tunney abrazó a la mujer. Debajo de la negligée, advirtió en el acto, no llevaba nada más.

—Ahora, no me digas nada —murmuró a su oído.

Su mano derecha se apoyó en el turgente seno izquierdo. El picudo vértice se hizo aún más puntiagudo.

—Buckie, ¿qué buscas? —suspiró ella.

—Busco darte algo de lo que tú puedes darme —respondió Tunney.

Las dos bocas se confundieron en un beso volcánico. La bata cayó al suelo. Loona quedó espléndidamente desnuda, seductoramente deseable. Tunney retrocedió un paso, la contempló de pies a cabeza y luego volvió a abrazarla.

Casi pasó una hora antes de que ninguno de los dos pronunciase una frase medianamente coherente. Al fin, agradablemente exhaustos, yacieron el uno al lado del otro en la cama, con las manos juntas.

—Eres terrible, sargento —dijo ella—. Envidio a tu mujer, créeme.

—¡Pero si soy soltero! —Respingó Tunney.

—Un día te casarás y... En fin, no hablemos de eso. —Loona dio un cuarto de vuelta y quedó de costado, apoyada en un codo—. Habla de una vez, sargento. ¿Qué quieres de mí?

—Tú recuerdas, sin duda, a Japhet Trask. Su esposa, Louella, estaba impedida y murió.

Trask quedó heredero de todos los bienes de su mujer, que era muy rica.

—Sí, lo recuerdo. Por cierto, Trask era muy amigo de una chica que trabajaba en mi local, Edna Bartlett. Algo más que amigo, diría yo, Buckie.

Con el índice de la mano derecha, Tunney empezó a acariciar una de las rosadas puntas que Loona enseñaba tan tentadoramente.

—De esa chica quería hablarte —dijo.

—Oye, es guapa, pero yo...

—Tú lo eres cien veces más —sonrió el policía—. Lo único que me interesa es conversar un rato con Edna. Ya no trabaja aquí, creo.

—No, y lo malo es que no sé dónde puede encontrarse. Tengo entendido que se marchó de la población.

Tunney suspiró.

—Lástima —dijo—. En fin, tendré que investigar por otras rutas.

Riendo maliciosamente, Loona acercó sus hermosos pechos a la cara del joven.

—Aquí hay mucho por investigar, querido.

En eso no le mentía, pensó Tunney mientras procuraba ocultar su decepción con los juegos del amor. Pero un par de horas después, cuando ya empezaba a vestirse, Loona lanzó una exclamación:

—¡Aguarda, Buckie! Quizá pueda darte una pista.

Tunney se volvió, mientras se ajustaba la funda de la pistola en el hombro izquierdo.

—Vamos, preciosa, suéltalo —pidió.

—Se trata de una chica... También era una de las favoritas de Trask, aunque acabó antes. Mira, ella no se encontraba muy a gusto en esta clase de trabajo y estudiaba en sus ratos libres. Tengo entendido que es muy competente y no me extraña, porque le gustaba.

—¿Qué le gustaba, Loona?

—Un día, Polly Reed será jefe de enfermeras del Memorial Hospital —respondió la mujer.

Tunney arqueó las cejas. Ella añadió:

—No me mires así. A Polly le gustaba muchísimo ser enfermera. Pero si trabajaba aquí era... Bueno, el caso es que durante algunas semanas, fue la chica preferida de Trask. Tunney besó la mejilla de la mujer. Iba ya a dirigirse hacia la puerta, cuando, de pronto, recordó algo. Se acercó al tocador, eligió uno de los frascos de perfume y se dio unos toques con el tapón detrás de las orejas y en el cuello.

—¡Eh!, ¿por qué haces eso? —se sorprendió Loona.

Tunney le pasó una mano por la cintura, a la vez que le dirigía una mirada llena de pasión.

—Quiero que el recuerdo de esta tarde maravillosa dure horas y horas...

—¡Oh, cariño...! —Se enterneció la mujer.

Tunney volvió a besarla y, ahora sí, se encaminó hacia la puerta y salió. Sería interesante hablar con la enfermera y exbailarina, además de otras cosas. Por experiencia sabía que, en determinadas situaciones íntimas, los hombres se inclinaban a las confidencias. Quizá Polly había oído algo que le diera una mínima pista, resumió así sus pensamientos.

Cuando se encontraron en el restaurante en que habían cenado la noche anterior, Neryna arrugó la nariz, a la vez que hacía varias inspiraciones.

—Apestas —dijo.

—A mí me gusta —contestó él sin inmutarse.

—Es perfume de fulana.

—¿Has sido fulana antes que periodista?

Neryna saltó en su asiento.

—Un poco de moderación en el lenguaje, caballero —pidió ácidamente—. Yo soy una mujer muy decente.

—Lo sé. Te acuestas con los hombres, pero no les permiten que te tomen siquiera de las puntas de los dedos.

—Eso no es cierto.

—¡Ah!, entonces, ¿les permites más...?

—Buckie, el día en que quiera permitirte algo, ya te lo diré, no te preocupes. Ahora, intercambiamos información. Empezaré yo, para que no dudes de mi buena fe.

—De acuerdo, adelante.

—Mañana hablaré con un tal Buzz Reardon, prestamista. He averiguado que, hace tiempo, hizo varios préstamos de considerable cuantía a Jessica Farndon. Como recordarás, Sam Farndon murió de una forma que ahora, después de lo que hemos averiguado, nos resulta sospechosa.

—Sí, es cierto. ¿Y...?

—Quizá Reardon me diga algo interesante.

—¡Hum! —dudó él—. Los prestamistas suelen ser tan discretos como las tumbas.

—Pero las tumbas también hablan, aunque no se sea más que por los epitafios.

Tunney miró críticamente a la joven. El escote de su vestido ofrecía una visión realmente sugestiva.

—No me cabe duda —dijo—. Reardon hablará.

—Eso espero, Buckie.

—¿Es joven?

—Es un hombre.

—Entiendo. —«Esta chica sería capaz de todo con tal de conseguir un buen reportaje», pensó Tunney. Y, de repente, se dio cuenta de que no le importaba demasiado—. Te deseo mucho éxito —añadió.

—Gracias. ¿Qué has conseguido tú?

Tunney se lo explicó sucintamente. Ella se extrañó.

—¿Por qué una exbailarina?

—¿Qué tiene que ver la profesión? —contestó él—. Louella Trask, además de rica, era una enferma crónica, que se pasaba el día en la cama, haciendo la vida imposible a su esposo. Resultaba lógico pensar que el señor Trask buscase en otro sitio lo que no podía conseguir en su propia casa.

—Pero eso no...

—Querida, Tú no sabes cómo se desata la lengua de un hombre en determinadas situaciones.

—Lo sé, lo sé. Pero si Trask tuvo que ver algo con el asesinato de su propia esposa, no diría nada que pudiera comprometerle, creo yo.

—Por supuesto, no le dijo a la chica: «Querida, he contratado a un asesino para que me libre de mi mujer». Pero pudo decirle algo que pueda servirme de punto de arranque, ¿comprendes?

Ella asintió.

—Sí, es posible —convino. Se mordió los labios—. Es una situación preocupante —comentó—. Un asesino anda suelto...

—Y no es ninguno de los posibles.

—Hay posibles, claro.

—Sí, algunos profesionales y los están vigilando, pero tengo la impresión de que esto es cosa de un aficionado.

—Pues si es un aficionado, lo hace sorprendentemente bien, Backie —exclamó la joven.

—Bueno, lo que yo quería decir es que se trata de un personaje nuevo en el oficio, si es que se puede llamar oficio a esto.

—Te he comprendido, Buckie —sonrió ella—. Bien, ¿con quién duermes esta noche? —preguntó, maliciosa.

Tunney se llevó una mano a la boca, como para ahogar un bostezo.

—He solucionado mis problemas —dijo.

—Entonces, ven a mi casa; tienes un sitio en mi cama.

—No, gracias; estoy ahito de hembra.

—¡Y lo dices tan fresco! —se escandalizó la periodista.

—Quedamos en ser sinceros el uno con el otro, ¿no?

—Bueno, sí, pero...

—Mañana piensas visitar a Reardon. Si se muestra reticente en hablar, ¿emplearás una pistola u otra clase de armas?

—Hombre, Buckie...

—No sería la primera vez, ¿verdad?

Neryna se sonrojó.

—Como acusada, me niego a contestar para no incriminarme a mí misma —respondió.

—Entonces, este tribunal, basándose en el principio bíblico de que no puede arrojar la primera piedra, declara absuelta a la acusada.

Neryna se echó a reír. Alargó su mano a través de la mesa y asió suavemente la del joven.

—Eres encantador —dijo—. A veces, ni siquiera pareces policía.

—Gracias, hermosa.

—Y pensar que ya podrías haber ascendido a teniente, si no hubieras sido por aquel desdichado asunto...

—Aquel desdichado asunto apestaba más que un arenque podrido. El concejal Franks consiguió evitar mi ascenso..., pero ahora está en la cárcel. Me parece que no he sido yo el que más ha perdido, Neryna.

—Eso es muy cierto —admitió ella—. ¿Nos veremos mañana a la misma hora?

—Si no pudiera acudir, dejaría un mensaje en tu teléfono. Tiene grabadora acoplada, supongo.

—Sí, desde luego.

—Entonces... ¡sigamos cenando! Estoy desfallecido, preciosa.

Ella le guiñó un ojo.

—Tienes que recuperar las energías perdidas, ¿eh?

Tunney se echó a reír y atacó briosamente el trozo de asado que acababan de ponerle delante.

CAPÍTULO IV

—Su esposa se encuentra en malas condiciones de salud. Apenas si puede moverse de la silla de ruedas y le hace la vida imposible. Pero aunque la salud de su esposa no sea buena, la enfermedad que padece, sin embargo, no es de las que causan un desenlace inmediato. Puede seguir viviendo años enteros, ocho, diez, quizá doce... ¿Puede usted, en cambio, continuar soportando este género de vida, señor Palmer?

John R. Palmer se volvió, bruscamente sobresaltado, y miró al hombre que acababa de expresar tan gráficamente su situación particular. Hacia media hora que Palmer estaba en aquel bar, hoscamente sentado en un taburete situado en uno de los extremos del mostrador, reflexionando con amargura sobre la mala suerte que se había abatido sobre él y diciéndose que su mujer disfrutaba haciéndole la vida imposible, cuando de pronto, aquel desconocido le decía algo que no era sino la expresión verbal de sus melancólicos pensamientos.

—Eso no le importa a usted en absoluto —dijo, irritado.

El desconocido sonrió.

—Quizá sí, quizá me importa... porque es absolutamente seguro que yo podría ayudarle —manifestó calmamente—. Estoy seguro que más de una vez ha pensado en echar las manos al cuello de su esposa y apretar hasta que deje de respirar, pero se contiene pensando en las cosas malas que podrían sucederle después. ¿Me equivoco, señor Palmer?

—¿Quién es usted? ¿Por qué me habla de esta forma?

—No se preocupe de mi identidad. Y no se esfuerce tampoco en retener mis facciones en su memoria, Estoy hábilmente maquillado, modestia aparte, visto ropas que no son habituales en mí... y si volviésemos a vernos dentro de un cuarto de hora, por ejemplo, ya no sabría reconocerme. Ni siquiera el tono de voz que empleo es el

mío —dijo el desconocido, sin dejar de sonreír.

La nuez de Palmer subió y bajó convulsivamente.

—¿Por qué me habla así? —repitió.

—Porque usted tiene un gravísimo problema y no sabe cómo resolverlo. Pero yo sí, John. ¡Ah!, por si le interesa, puede llamarme Peter. De este modo, la conversación resulta más llana, más sencilla.

Peter se echó a reír.

—John, si en este momento, usted, apretando un botón y sin que nadie lo supiera ni pudiera acusarle de ello, pudiese eliminar a su esposa, lo haría sin vacilar, ¿verdad?

—¡Oh, diablos! —exclamó Palmer, sin poder contenerse—. Claro que lo haría —exclamó apasionadamente.

La mano de Peter palmeó la espalda del amargado individuo.

—Yo puedo ser ese botón mágico para usted, John —aseguró—. Pero es necesario que se lo piense bien antes de tomar una decisión. Volveremos a vernos aquí, pasado mañana, a la misma hora. Puede que lleguemos a un acuerdo... beneficioso para los dos. ¡Buenas noches, John!

Palmer no pudo evitar un instintivo movimiento de curiosidad y se volvió. Peter salía en aquel momento del casi vacío bar. Era un individuo cargado de hombros, con una ligera cojera. Las ropas eran corrientes, sin nada que se saliera de lo habitual. En cuanto a la edad... Palmer meneó la cabeza; lo mismo podía tener treinta que cincuenta años. La luz de aquel local no era demasiado buena.

Pidió otra copa y bebió lentamente. Para tomar un trago en su casa, tenía que esconderse en el ático. Y luego debía perfumarse la boca, para que su amargada esposa no le organizara un escándalo. ¿Era esto la vida que debía llevar un hombre?, se preguntó.

En recepción, Tunney, después de enseñar sus credenciales, pidió hablar con la enfermera Reed. La recepcionista hizo una llamada por el teléfono interno y luego se volvió hacia el visitante.

—Vendrá dentro de unos minutos, sargento; ahora está asistiendo a uno de los médicos y no puede abandonar su tarea.

—Muy bien, esperaré, gracias —dijo Tunney. Fue a encender un cigarrillo, pero recordó a tiempo que se hallaba en un hospital y desistió de la idea. Repentinamente, divisó un rostro conocido.

—¡Jill! —exclamó.

La mujer caminaba a lo largo de la espaciosa recepción y se

volvió al oír pronunciar su nombre. Vio a Tunney y sonrió, a la vez que variaba su sentido de marcha.

—Buckie —dijo, tendiéndole ambas manos—, qué alegría...

Tunney cogió las manos de la mujer. Jill Maxwell era una hermosa joven, alta, sumamente esbelta, de largos cabellos rubios, finos y sedosos, y ojos de color azul muy claro. Durante unos segundos, Tunney y Jill se contemplaron recíprocamente.

—Estás encantadora —dijo él por fin—. Más guapa que nunca...

—Por favor, Buckie —sonrió Jill—. Siempre fuiste un tipo con grandes dosis de buen humor.

—No retiro ni una sola palabra, Jill. Pero ¿qué haces aquí? ¿Tienes algún familiar enfermo?

Ella dejó de sonreír bruscamente.

—Yo soy la enferma —respondió.

—¿Qué te sucede? Nada grave, sin duda...

Jill volvió la cabeza a un lado. Repentinamente, Tunney se sintió muy aprensivo.

Durante unos segundos, permanecieron silenciosos. Tunney evocaba tiempos pasados, cuando había estado locamente enamorado de aquella adolescente que prometía convertirse en una bellísima mujer, como lo era en la actualidad. Pero Jill, aparte de su posición económica, realmente envidiable, tenía otras aspiraciones y Tunney hubo de resignarse a enterrar sus sueños en lo más profundo de su corazón.

—Jill —dijo al cabo—, si puedo ayudarte en algo...

Ella hizo un gesto negativo.

—Estoy en manos del doctor Spencer respondió evasivamente.

—Te curará, seguro —exclamó él—. Te casaste con Ronald Maxwell.

—Sí. Ahora él está de viaje... Buckie, he leído cosas sobre ti en los periódicos. Sé que has tenido éxitos como policía...

—No hagas caso de los periodistas. O exageran o te crucifican —rió Tunney—. ¿Puedo ir a visitarte algún día a tu casa, Jill?

—Debieras haberlo hecho hace mucho tiempo —le reprochó la joven suavemente—. Mi matrimonio con Ronald no significaba la ruptura de la amistad que nos unió en tiempos.

Tunney se miró las puntas de los zapatos. «Amistad», pensó amargamente. Para él había sido más, pero poseía la suficiente

serenidad de ánimo que le impedía reprochar nada a aquella hermosa joven.

—Si, claro...

Un hombre se les acercó en aquellos instantes, vestido con una bata blanca.

—Señora Maxwell.

Jill se volvió en el acto.

—Ah, doctor Spencer, perdóneme. Acabo de encontrarme con un viejo conocido... Buckie, te presento al doctor Spencer. Doctor, el sargento Tunney, de la policía.

Los dos hombres se dirigieron sendas y corteses inclinaciones de cabeza. Spencer era un sujeto alto, apuesto, arrogante, con las sienes levemente canosas. En sus expresiones, en sus ademanes, ofrecía un aire de innegable competencia.

—Lo siento, pero el doctor tiene un poco de trabajo conmigo, Buckie —dijo la joven—. Ven cuando quieras a mi casa.

—Iré, desde luego. Y deseo que te cures pronto, Jill.

La joven se adelantó, en compañía del doctor Spencer.

Unos segundos después, una mujer, con bata blanca y cofia, se acercó a Tunney.

—Creo que me buscaba, sargento —manifestó Polly Reed.

—En efecto, señorita. Deseo hablar con usted..., pero creo que estaríamos más cómodos en la cafetería del hospital.

Polly sonrió. Andaba ya por los veintiocho años, pero era una mujer de grandes atractivos físicos. Seguramente, pensó Tunney, debía de volver locos a la mayor parte de los miembros masculinos del personal del hospital.

—Nos conocimos hace algunos años, Buckie —dijo vivazmente.

—El cambio es muy notable. Y para mejor, por supuesto.

—Se cambia cuando se quiere. Y entonces, la mejoría es aún mayor. ¿Vamos?

—Por supuesto, todo lo que te he dicho es absolutamente confidencial y nadie conocerá tampoco tus respuestas —dijo Tunney, después de haber explicado a la enfermera lo que pretendía de ella.

Polly se puso un cigarrillo entre los labios. Tunney le ofreció fuego. Ella exhaló el humo y luego dijo:

—Buckie. ¿Cómo habéis llegado a la conclusión de que se trata

de asesinatos?

—Bueno, la verdad es que en un principio no sospechamos nada. Pero la señora Corton murió de una forma muy rara. Ahí cometió su primer error el Asesino Compasivo. El plan era magnífico, sólo que se pasó un poco con la baja de presión y el dormitorio implosionó. De lo contrario, habríamos considerado que el fallecimiento de la señora Corton era completamente lógico. Todo esto, claro está, sin contar con la declaración que redactó y que se considera hecha *in articulo mortis*.

—Entiendo —murmuró Polly—. De modo que también sospechas de Trask.

—Sí, aunque no tenemos nada en qué apoyar nuestras sospechas. Ésta va a ser una investigación muy larga y, aún así, puede que no lleguemos a un resultado satisfactorio. Pero las tres muertes ocurridas hasta ahora tienen un punto en común: el deficiente estado de salud de las víctimas, lo que no les impedía tener esperanzas de algunos, o muchos, años de vida..., y lo que significaba, también, una tortura para el cónyuge sano. —Las tres víctimas eran dueñas del dinero.

—Exacto, Polly.

—Parece lógico pensar en una serie de asesinatos contratados... pero ¿qué puedo hacer yo?

—Polly, líbreme Dios de hacerte el menor reproche por tu vida pasada, sobre todo, cuando has sabido alcanzar una situación tan envidiable. Pero conociste a Trask...

—Nunca le oí nada, que no fuera quejarse de la víbora de su mujer —respondió la enfermera.

—Lo sé. Trask no podía ser tan tonto como para confiarte sus planes. Pero si en alguna ocasión escuchaste algo raro... y llegas a recordarlo, haz el favor de avisarme inmediatamente, no importa la hora, ¿comprendes?

—De acuerdo, Buckie. Si recuerdo algún detalle, te llamaré. Tunney sonrió.

—Te veo muy favorecida con el uniforme —dijo—. ¿No tienes pretendientes en este hospital?

Polly rió graciosamente.

—Huy, tengo que espantarlos, como a las moscas —contestó.

—Pero alguno habrá...

—Un doctor, anestesista muy competente... Quiere incluirme en su equipo. Me gusta, pero tengo que estar segura de mí misma. Y de él también, por supuesto. Aún no sé cómo reaccionará el día en que le cuente lo que hacía antes de entrar en el hospital.

—Si te quiere, seguro que no le importará absolutamente. Y, a propósito, Polly, puesto que trabajas aquí, ¿qué puedes decirme de la enfermedad de la señora Maxwell? ¿La conoces?

—Sí, aunque no se atiende en mi departamento. El doctor Spencer se ocupa personalmente de ella.

—¿No sabes lo que le sucede? La he visto muy deprimida...

—Lo averiguaré, Buckie. ¿Te interesa la salud de esa joven?

Tunney suspiró.

—Hubo un tiempo en que estaba locamente enamorado de ella. Pero era, y es, muy rica...

—Y se casó con otro.

—Justamente. A pesar de todo, sigo apreciándola. ¿Es bueno el doctor Spencer?

—En su especialidad, uno de los mejores. Y también tiene otra especialidad, Buckie.

—¿Cuál?

Polly sonrió.

—Adivínala, hombre —repuso.

—¡Ah, vamos!, le gustan las mujeres...

—Son su debilidad. A mí me propuso unirme a su equipo. Ya me habría gustado..., pero tenía que acceder a sus pretensiones, y me las expuso sin reparos. Con buenas palabras le dije que no y ahí quedó la cosa. Pero es muy competente, mucho; posiblemente, el mejor.

—Es decir, existen grandes posibilidades de que cure a la señora Maxwell.

—Si hay algún médico que puede conseguirlo, es el doctor Spencer —respondió Polly enfáticamente.

CAPÍTULO V

—Ahí detrás, a doscientos metros, hay un banco en el parque —dijo Peter dos noches más tarde—. Está a oscuras y nadie nos verá. Le aguardo dentro de quince minutos.

Palmer asintió levemente. Peter había llegado minutos antes y, tras una breve consumición, le había dirigido aquellas frases. Sí, el banco del parque era el mejor lugar para hablar con toda discreción.

Un cuarto de hora más tarde, procurando ocultar el sudor de las palmas de sus manos, Palmer se sentaba junto al individuo.

—¿Qué es lo que tiene que proponerme? —preguntó.

—La eliminación de su esposa —respondió Peter sin ambages—. Por cien mil dólares, naturalmente.

Palmer saltó en su asiento.

—Cien mil...

—Ni un centavo menos —dijo el asesino fríamente—. A cambio de eso, le garantizo una seguridad absoluta.

—¿Quién me asegura que no me hará luego un chantaje...?

—No hay papeles ni fotografías comprometedoras. Tampoco llevo una grabadora oculta bajo las ropas. Las palabras se las lleva el viento, John.

—Sí, pero cien mil dólares...

—Escuche, John, la fortuna de su esposa se evalúa en cinco millones. Yo sólo le pido la quincuagésima parte. Pagar un dólar de cada cincuenta por verse liberado de una incomodidad que puede durar todavía varios años, no es demasiado, me parece. Sobre todo, si se tiene en cuenta que su esposa es muy tacaña con usted.

Palmer se lamió el labio superior.

—Eso sí es cierto —convino—. Sólo me da cien dólares a la semana para mis gastos... y tengo que pagar la gasolina del coche y el tabaco... y en cuanto vuelvo a casa ya está olfateándome a ver si

he bebido o he estado con otra mujer...

Peter sonrió.

—Una existencia realmente insoportable —observó—. Su esposa morirá apaciblemente y nadie le podrá culpar de su fallecimiento. Usted será un viudo muy apenado durante un razonable período de tiempo y luego podrá disfrutar sin límites de todas las cosas que ella le prohíbe miserablemente en la actualidad.

Palmer empezó a pensar en las rosadas perspectivas de verse libre de una mujer odiosa y antipática... y con dinero abundante en los bolsillos. La verdad era que cien mil dólares resultaba un precio muy barato por aquella dorada libertad.

—¿Cuándo? —preguntó al fin.

—Deje el cómo y el cuándo para mí, John —respondió el asesino—. Incluso a usted le sorprenderá la muerte de su esposa. Pero quiero hacerle una advertencia.

—¿Sí, Peter?

—Pagará los cien mil antes de los treinta días siguientes a la muerte de su esposa. Si el día trigésimo primero no ha pagado, no llegará vivo al otro día. ¿Está claro?

Palmer se estremeció. Sí, pagaría. Valía la pena, se dijo.

—Completamente de acuerdo —dijo.

Peter se levantó.

—Permanezca aquí todavía diez minutos —indicó—. Vuelva luego a su casa y muéstrese amable con su esposa, pero no en exceso. Podría sospechar.

—Sí, de acuerdo.

Palmer se quedó solo. Temblaba de miedo, pero también de excitación. Al fin iba a verse libre de aquella bruja que había convertido su vida en un infierno. —Ahora, ¡el infierno para ella!— murmuró rabiosamente.

Neryna levantó su copa y brindó:

—¡Por el éxito, Buckie!

—Está muy lejano todavía —dijo el sargento descorazonado.

—Ya llegará. Todo es cuestión de paciencia. —Neryna apoyó los codos en la mesa y echó el busto hacia adelante—. He hablado con Reardon, el prestamista.

—¿Dijo algo interesante?

Neryna se echó a reír.

—Casi me contó su primera experiencia sexual —respondió.

—La de hoy no habrá sido peor —sonrió Tunney.

—Psé... el pobre está ya gastadillo... Pero le gustó.

—Y soltó el grifo de sus secretos.

—Al menos, el que se refiere a Jessica Farndon.

Tunney apuró su copa.

—Bueno, ¿por qué diablos no lo sueltas de una vez?

—De acuerdo. La señora Farndon le pidió, en sucesivas ocasiones, préstamos que totalizaban hasta cincuenta mil dólares. Pagó puntualmente, con los intereses, al enviudar. Reardon se «forró»; percibió casi cien mil en total.

—Lo que has dicho, hasta ahora, es absolutamente lógico. A ella no le daba dinero su marido y lo buscó por otra parte. Al enviudar, era natural que pagase las deudas.

—Cierto —convino la periodista—. Lo que ya no es tan lógico es que Jessica asegurase a Reardon, cuando le pidió el último préstamo, que muy pronto podría cancelar su deuda. Reardon le negaba ese préstamo, pero cedió finalmente, en vista de la insistencia de Jessica, quien se comprometió a pagar el doble de la cantidad solicitada antes de treinta días. Y eso sucedía una semana justa antes de la muerte de su esposo.

Tunney se frotó la cuadrada barbilla.

—Recobraría el pagaré y lo quemaría...

—¿No lo habrías hecho tú en su lugar?

—Yo no estoy casado, ni tengo una esposa rica y enferma.

—Pero Jessica sí. Bueno, era su esposo... Aunque claro, si quemó los pagarés...

—Neryna, eso no importa demasiado. Primeramente, los pagarés no demostrarían nada. Segundo, lo que buscamos son pistas que nos conduzcan al asesino. Esto es como construir una casa, ladrillo a ladrillo, ¿comprendes?

La joven asintió.

—Cuando tengamos el número suficiente de ladrillos... tendremos también al asesino —dijo.

—Justamente.

—Buckie, ¿tienes algo nuevo que contarme? —preguntó ella a continuación.

Tunney hizo un gesto negativo.

—Ya sabes tanto como yo —respondió, con acento no precisamente optimista.

Una semana más tarde, Tunney recibió una llamada telefónica.

—Soy Polly.

—¡Hola, encanto! —exclamó el joven—. ¿Tienes algo nuevo para mí sobre el señor Trasky?

—Lo siento, Buckie. En cambio, puedo darte noticias sobre la señora Maxwell. Y no son buenas.

Tunney sintió una especie de golpe en el pecho.

—Habla sin rodeos —pidió.

—Parece ser que se trata de leucemia, Buckie.

Hubo un instante de silencio. Luego, Tunney, lentamente, dijo:

—Gracias, Polly.

—Lo lamento de veras, Buckie. Si puedo serte útil...

—Ya has hecho bastante. De todos modos, recuerda lo que hablamos.

—Lo tengo presente constantemente.

Tunney dejó el teléfono en la horquilla. Sus manos se crisparon de golpe. ¡Jill, condenada a una muerte prematura... cuando apenas acababa de cumplir los veinticinco años!

En la flor de la vida... y tenía que morir. ¿Por qué?, se preguntó, terriblemente acongojado.

¿Lo sabría ella?

¿Había tenido el suficiente valor para pedir al doctor Spencer un diagnóstico sincero? De pronto, agarró la guía telefónica. Un minuto más tarde, llamaba al médico. El propio Spencer respondió en el acto.

—¿Sí?

—Doctor, soy el sargento Tunney. La señora Maxwell le habrá hablado, sin duda, de nuestra antigua amistad.

—Es cierto, lo comentamos hace algunos días. ¿En qué puedo servirle, sargento? —Si no le importa, y en méritos a esa amistad, ¿podría decirme qué enfermedad padece la señora Maxwell?

Tunney fue lo suficientemente discreto para no mencionar el nombre de la enfermera, ya que ello podría comprometerla. Pero la respuesta que oyó de labios del propio galeno, le quitó todas las esperanzas:

—Lo siento, sargento. La señora Maxwell padece leucemia.

Tunney tragó saliva.

—¿Se... será rápido, doctor?

—Haremos lo que podamos..., pero mucho me temo que todo lo que le queda de vida a la encantadora señora Maxwell son seis meses.

El teléfono volvió lentamente a la horquilla. Tunney sintió deseos de echarse a llorar.

Al día siguiente, armado con un enorme ramo de rosas rojas, Tunney acudió a la villa donde residía Jill Maxwell. Una atildada doncella escuchó su petición, dijo que avisaría a la señora y volvió a poco al vestíbulo.

—Tenga la bondad de acompañarme, señor —indicó.

Jill se hallaba en la terraza posterior, tendida sobre una hamaca, a poca distancia de la piscina. Vio al joven y su rostro, que había perdido buena parte de su color natural, se animó considerablemente.

—Buckie, querido —dijo, alargando una mano.

Tunney le entregó las flores.

—Lamento no haber podido venir antes —manifestó—. Pero tengo que trabajar para vivir.

—No tienes necesidad de disculparte. —Jill hundió el rostro en las flores y aspiró largamente su perfume. Luego se volvió hacia el visitante—. Están condenadas, como yo. Mañana estarán marchitas y habrá que tirarlas... y a mí no me queda mucho más tiempo...

Tunney contenía el aliento. Ella vio en su cara una insólita expresión de seriedad.

—Lo sabes ya —adivinó.

El joven asintió.

—He hablado con el doctor Spencer —respondió.

—Pero... ¿cómo se te ocurrió...?

—El día en que nos vimos en el hospital, me extrañó mucho tu aspecto. Aunque hacía años que fió nos veíamos, me pareció encontrarte algo desmejorada. Conozco una enfermera y le pedí que me informara discretamente. Ayer me llamó por teléfono y luego yo hablé con el doctor Spencer. Eso es todo, Jill.

La joven sonrió tristemente.

—Desgraciadamente, los análisis no dejan lugar a la esperanza —dijo.

De repente, Tunney agarró una silla, se sentó junto a Jill y se apoderó de una de sus manos.

—No puedes abandonarte así —exclamó con gran vehemencia—. Eres joven y eso siempre implica fortaleza física.

Además, el dinero no es cosa que pueda preocuparte; hay más médicos...

Ella movió la cabeza negativamente.

—No hay posibilidad de error —contestó—. Incluso el propio doctor Spencer me indicó que podía visitar a otros especialistas, pero me dijo que debía desechar de antemano toda esperanza.

—¡Por Dios! Eso no...

Bruscamente, se oyó una voz a poca distancia.

—¡Jill! ¿Qué haces con ese hombre en mi propia casa?

Tunney se levantó de un salto. Un individuo avanzaba con paso rápido hacia el lugar donde se hallaba la pareja. Jill hizo un esfuerzo y se incorporó ligeramente.

—Ronald, ¿por qué me hablas así? —dijo, con acento de reproche—. El sargento Tunney es uno de mis mejores amigos, aunque hiciese años que no nos veíamos. Simplemente, está enterado de lo que me sucede y ha tenido para darme ánimos.

Ronald Maxwell miró al joven con aire impertinente. Era un sujeto de unos treinta y cinco años, alto, de aspecto agradable, aunque, estimó Tunney, sólo en apariencia. Aquellas bolsas bajo los párpados, la palidez del rostro... No, no era una vida regular la que llevaba el esposo de Jill, adivinó de inmediato.

—Siento haberle molestado, pero sólo vine a visitar a su esposa, tras enterarme de su crítica situación —dijo con serenidad—. Le ruego vea en mi actitud sólo el interés de un buen amigo, tras conocer inesperadamente la grave situación en que se halla Jill.

—Está bien, si eso es todo... —contestó Maxwell, sin abandonar por un instante su tono impertinente.

—Sí, eso es todo —convino el joven secamente. Se volvió hacia la enferma—. A pesar de todo, opino que no debes abandonar por completo todas las esperanzas —añadió.

—Gracias, Buckie. Ven a visitarme siempre que quieras... aunque no podrás hacerlo por mucho tiempo.

Tunney hizo un movimiento con la cabeza y se dirigió en busca de la salida. Antes de cruzar la terraza por completo, oyó la voz

irritada de Maxwell. Se preguntó qué clase de sujeto era el esposo de Jill. ¿Por qué diablos habría de enfadarse con su visita, la de un buen amigo, en la que nadie podría encontrar turbias motivaciones?

En aquel instante, le pareció que Jill no había acertado al casarse con Ronald Maxwell.

—Te veo un poco triste —observó Neryna aquella misma noche, mientras cenaban juntos en el restaurante habitual.

—Tengo motivos —contestó Tunney. Sentíase desganado y apartó el plato a un lado—. Neryna, ¿cómo te sentirías tú si un buen amigo tuyo, del que guardas buenos recuerdos, estuviese condenado a muerte?

—Hombre, si hubiese cometido un bravísimo delito...

—Perdón, no he sabido expresarme bien. Quise decir si ese amigo padeciese una enfermedad incurable y el médico le concediese, como máximo, seis meses de vida.

—Bueno, me llevaría un disgusto terrible... Oye, no me digas que tú conoces a alguien en esa situación...

—Se llama Jill Maxwell. Cuando tenía diecisiete años, me enamoré locamente de ella. Yo tenía entonces veinticuatro..., pero al fin acabé por comprender que Jill no podía ser para mí y dejé de cortejarla. A pesar de todo, siempre fuimos buenos amigos.

—Jill Maxwell —repitió Neryna, profundamente pensativa—. «La muchacha de oro» le llamaban, pero no porque hubiese heredado una gran fortuna, sino porque realmente parecía una joya, en cualquier circunstancia.

—Sí, la misma —suspiró él—. Tiene leucemia. No durará seis meses.

Neryna meneó la cabeza tristemente.

—¡Pobre chica! —murmuró—. En este caso, se ve claramente que el dinero no lo es todo en la vida. Ella preferiría ahora ser pobre como las ratas, a cambio de una existencia prolongada. ¿No crees, Buckie? El joven asintió.

—Tienes razón —convino—. Neryna, cambiemos de tema. ¿Has conseguido algo?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. Lo único que puedo decirte es que sólo nos resta aguardar al próximo golpe de el Asesino Compasivo.

—¿Crees que matará de nuevo? —Se estremeció la periodista.

—No te quepa la menor duda. Mata por dinero, pero ¿quién será su próxima víctima?

¿Cuándo cometerá el siguiente asesinato?

CAPÍTULO VI

—Le aseguro que no es nada personal, señora Palmer —dijo el desconocido amablemente—. Lo único que deseo es evitar la prolongación innecesaria de unos sufrimientos que no tienen remedio.

Susan Palmer miró con ojos desorbitados al sujeto que había irrumpido en su casa, en unos momentos en que se encontraba sola por completo. Atada por la enfermedad a la silla de ruedas, se sentía absolutamente indefensa.

—Pero... yo... ¿qué le he hecho a usted? —gimoteó—. ¿Por qué quiere asesinarme?

—Para evitarle sufrimientos, ya se lo he dicho. Usted es relativamente joven todavía: no ha cumplido siquiera los cincuenta años..., pero ¿le agrada la perspectiva de vivir veinte o más en esa silla de ruedas? No es un futuro demasiado agradable, créame. Por eso estoy aquí, para evitarle años y años de continuos padecimientos...

La señora Palmer creía hallarse bajo el influjo de una horrible pesadilla. ¿Quién era el hombre que estaba ante ella? ¿Por qué quería asesinarla?

—Espere... —exclamó desesperadamente—. Le diré una cosa...

—Mi querida señora Palmer, ya no es tiempo de decir nada —le atajó el hombre fríamente.

Susan Palmer lanzó un fuerte chillido. El hombre se echó a reír.

—Es inútil —dijo—. Nadie oirá sus gritos.

Avanzó hacia ella y le puso delante de la nariz una especie de máscara muy tupida que tapaba incluso su boca. Susan se resistió desesperadamente, pero era una débil mujer y el hombre tenía una fuerza prodigiosa. Notó que una mano se apoyaba en su nuca, empujando en sentido contrario a la otra. El aire empezó a faltar en sus pulmones.

De repente, sintió un dolor agudísimo en el pecho. Todo dio vueltas a su alrededor. Ya no le importaba la falta de oxígeno. Sus piernas, sin embargo y pese a no tener fuerzas, se agitaron un poco. Bruscamente, dejó de moverse.

El asesino retiró la máscara y la guardó en uno de los bolsillos de su traje. Luego, con tremenda sangre fría, tomó la muñeca de Susan y buscó su pulso. El corazón latía con creciente debilidad.

Unos segundos después, cesaron todos los latidos. Aún así, el asesino, para estar más seguro, permaneció diez largos minutos junto a su víctima. Cuando, al fin, tuvo la absoluta certidumbre de su fallecimiento, dio media vuelta y se encaminó en busca de la salida.

Neryna Hawks leyó la noticia al día siguiente y no le concedió ninguna importancia. Una mujer impedida había fallecido a consecuencia de un ataque cardíaco. Conocía un poco a los Palmer y creyó su deber ofrecer sus condolencias al esposo de la difunta.

En aquellos momentos, el sargento Tunney recibía una llamada telefónica:

—Soy Loona. Tengo algo interesante para ti.

—Está bien. Iré en seguida.

Media hora más tarde, Tunney estaba en las habitaciones particulares de la dueña de El Triángulo de Fuego. Loona se hallaba sentada frente al tocador, vestía únicamente con el sostén y unos diminutos pantaloncitos, todo de seda negra.

Tunney se apoyó en la pared, frente a ella, y la contempló especulativamente.

—¿Y bien, guapa?

—Hace días que estoy pensando...

—¿Sin tomar aspirinas?

—No seas estúpido —dijo ella con aspereza—. Se trata del tipo asesinado en la vía del ferrocarril.

—Sí, el sobrino que contrató el asesinato y luego resultó desheredado. Lo recuerdo perfectamente. ¿Qué más?

—Se llamaba Jim Grisby y, sospecho, fue asesinado por no poder pagar el precio convenido.

—Sí, eso es lo que yo sospecho también. Pero todavía estamos como al principio...

—Todas las víctimas de el Asesino Compasivo han sido personas

de mala salud física, pero que, sin embargo, tenían aún muchos años de vida por delante. Para sus herederos, esposos o esposas, excepto en el caso de Grisby que era el único pariente de la Arabella Corton, la perspectiva de estar atado a un enfermo durante años, no tenía nada de agradable. Sobre todo, si se tiene en cuenta que siempre, siempre, la víctima era la dueña del dinero. El viudo o la viuda heredarán, si, pero al cabo de ocho, diez o más años. Un plazo demasiado largo, ¿no crees?

—¿Adónde quieres ir a parar, Loona?

—Tú eres policía. Investiga quién o quiénes, hoy día, se encuentran en Kelmonton en una situación semejante. Es decir, una persona rica, pero enferma crónica o inválida... y un esposo o una esposa impacientes. Podrías llevarte muchas sorpresas.

—Loona, si eso era todo lo que querías decirme, lamento tener que informarte de la pérdida de tiempo que significa esta conversación... en el sentido estrictamente policíaco.

En otro sentido, es un encuentro sumamente agradable...

Loona se dio los últimos toques de maquillaje y se puso en pie.

—Lo siento, pero la velada se acaba aquí —dijo—. De todas formas, creo que te llevarías una sorpresa muy grande si pudieras arrancarle información a Ted Ligg. Tunney alzó las cejas.

—¿Has dicho Ligg?

—Exactamente. —Loona se había puesto ya un espectacular vestido y se hallaba de espaldas al joven—. Anda, súbeme la cremallera, buen mozo.

Tunney obedeció.

—Ligg es uno de los más acreditados *tiburones* de la ciudad —exclamó.

—Precisamente por eso. —Loona le dio una suave palmadita en la mejilla—. Es un tipo muy duro..., pero, cuando quieres, tú no lo eres menos. Si te apetece una copa, tómatela; apaga la luz al salir —se despidió.

El joven decidió seguir el consejo. Ligg era un prestamista, pero de una clase muy distinta a Reardon. Éste tenía también una tienda de empeños, cosa que Ligg no hacía, limitándose únicamente a prestar dinero a un interés exorbitante. Ligg, además, disponía de unos cuantos *gorilas* bien instruidos, que se ocupaban de *avivar* la memoria a los que se retrasaban en el pago de los préstamos.

Podía resultar una entrevista muy interesante, se dijo, después de apurar el contenido de la copa. Fue hacia la puerta, apagó la luz y salió.

Ligg se echó a reír.

—Lo que pretende usted es absolutamente imposible, sargento —dijo.

Tunney permaneció impasible, sentado frente al prestamista, con las piernas cruzadas y los dedos unidos por las yemas. Ligg era un hombre corpulento, con síntomas de una inevitable calvicie y un par de cicatrices en las cara, recuerdos de unos tiempos en que no era más que un matón como había muchos en la ciudad. Pero luego había sabido escalar puestos y ahora era una pequeña potencia en el submundo de la delincuencia en Kelmonton, pese a que, hasta el momento, no se le hubiese podido probar ningún acto delictivo.

—Lo que yo pretendo, señor Ligg, es absolutamente factible —contestó el joven, remedando a su interlocutor—. Nada de lo que yo vea u oiga pasará del estadio de las confidencias entre los dos. A usted se le pueden achacar muchas cosas pero, que yo sepa, el asesinato no figura entre sus métodos. ¿Me equivoco?

—Acierta —declaró Ligg, impasible—. A pesar de todo, me niego a sus pretensiones.

—Ted, portémonos como personas civilizadas. Sólo quiero información de, como máximo, ocho o diez personas...

—No siga, sargento. Ya conoce mi respuesta. Y ahora, si me lo permite, tengo mucho trabajo.

Tunney se puso lentamente en pie. Con la mirada, recorrió el interior del lujoso despacho. De pronto, se fijó en un cuadro y avanzó hacia la pared en que estaba colgado.

—¡Quieto! —gritó el prestamista.

Tunney se volvió, sonriendo.

—Debe guardar muchas cosas interesantes en la caja que está detrás del cuadro, ¿no?

—Eso no le importa en absoluto —contestó Ligg hoscamente.

—Podría volver aquí, armado con una orden judicial...

—Para conseguir eso, tendría que demostrar primero que he cometido algún delito, sargento. Y dudo mucho de que lo consiga.

—Es usted un tipo correoso, Ted. Pero no tiene visión de futuro. He venido a verle en son de paz, inflamado de amistad..., y usted

me trata como a un enemigo. Si lo tomamos así, a la larga yo puedo hacerle mucho daño y usted lo sabe perfectamente.

Ligg emitió una burlona sonrisa.

—Adelante, empiece cuando guste —invitó despreciativamente—. Quizá yo podría darle también un disgusto y, desde luego, con toda legalidad. Mientras no tenga nada sólido en qué apoyarse contra mí, no podrá hacer nada, lo sabe perfectamente. —Ligg se echó a reír—. Podía ser ya teniente, pero sigue de sargento. Quizá, si se mote conmigo, acabe vistiendo el uniforme otra vez para dirigir el tráfico en algún cruce de calles. Tunney alzó el índice.

—Ted, tomo nota de la amenaza y no dejaré de tenerla en cuenta en ningún momento.

Pero le aconsejo que haga lo mismo con respecto a esta visita.

—Salga de una vez, sargento.

El joven dio media vuelta. En la antesala, había dos tipos de aspecto nada recomendable. Tunney se preguntó cuántos huesos habrían roto aquellos *gorilas* a los morosos que no podían pagar los exorbitantes intereses de los préstamos concedidos por el despiadado *tiburón* que era Ligg. Pero aquello, se dijo, frustrado por la decepción causada por la entrevista, no tenía ninguna importancia.

De repente, se le ocurrió una idea. Sí, ¿por qué no ponerla en práctica?, se dijo animadamente.

El locutor describía animadamente el desarrollo de la carrera. Neryna estaba con la atención puesta en lo que sucedía en el hipódromo. Cuando, al fin, se anunció el fin de la carrera, palmoteo alborozadamente.

—¡Bravo, «Charme»! ¡Eres el mejor caballo del mundo! —exclamó.

Tunney, sentado en un taburete al lado de la periodista, sonrió maliciosamente.

—No sabía que te gustase apostar en las carreras de caballos —dijo.

—A veces, arriesgo unos cuantos dólares —respondió ella—. En ocasiones, merece la pena.

—Como hoy, por ejemplo.

—Sí. Aposté por «Charme». Estaba ocho a uno. Como jugué

cincuenta dólares, cobraré cuatrocientos.

—No está mal —dijo Tunney—. Entonces, pagarás las copas.
Neryna rió alegremente.

—Tú le sacas punta a todo —exclamó—. Está bien. Johnny, ¿quieres poner otras dos?

—Al momento, señorita —contestó el barman.

Tunney y la periodista estaban en un local al que ella solía acudir con frecuencia y en el cual había citado al joven, mediante una llamada telefónica. Después de que le hubieran servido la copa, Tunney dijo:

—Neryna, si mal no recuerdo, tenías que contarme algo interesante.

—Así es —contestó ella—. He estado investigando sobre testamentos.

—¿Y...?

—Hasta ahora, sin excepción, todas las víctimas habían otorgado testamento en favor de los cónyuges supervivientes.

—Eso no tiene ninguna importancia. Si una persona muere, aunque sea sin testar, sus bienes pasarán al heredero más próximo, el esposo por regla general.

—A menos que se haya otorgado un testamento en el cual desherede expresamente al cónyuge. Pero eso no sucede en ninguno de los casos que he investigado y que, curiosamente, se referían todos a personas con graves enfermedades o inválidos incurables.

—Bueno, algo es algo... ¿No hablamos en una ocasión de ir buscando ladrillos para construir la casa? Lo que has hecho tú representa uno de esos ladrillos.

—Gracias. —Neryna se apeó del taburete—. ¿Nos veremos mañana, Buckie?

—Posiblemente. ¿Adónde vas ahora?

Ella le guiñó un ojo.

—A un lugar al cual no puede ir ningún policía —contestó.

—¡Ah!, vas a ver a tu apostador...

—Exactamente. —Neryna alargó un poco el cuello—. Te permito que me beses en la mejilla.

—Gracias, otro día.

Neryna se echó a reír. Agitó una mano y salió con vivo taconeó. Tunney se dispuso a encender un cigarrillo. Con el rabillo del ojo

había visto a un individuo ante una mesa, en el otro extremo del local. A los pocos momentos, el hombre se levantó y caminó pausadamente hacia el mostrador.

—Sargento... —murmuró.

—Te necesito, Luke —dijo Tunney.

—Estoy retirado. No quiero volver a la cárcel —contestó Luke Spellton, uno de los hombres más expertos en abrir puertas de todas clases y cajas de caudales sin llaves y, por supuesto, sin permiso de los dueños.

—Si vienes conmigo, no irás a la cárcel —dijo Tunney pacientemente.

—Podemos ir juntos, ¿no te parece?

—Trataremos de evitarlo, Luke. Además, algo habrá para ti en el lugar adonde iremos esta misma noche. —Tunney consultó su reloj—. Iré a buscarte a las dos de la madrugada.

¿Hace?

Spellton se encogió de hombros.

—¡Qué remedio! —contestó, resignado.

CAPÍTULO VII

El silencio en la estancia, alumbrada únicamente por la lámpara que Spellton llevaba sujeta a la frente por medio de un aro metálico, era absoluto. Tunney, en pie, a pocos pasos de distancia, contemplaba expectantemente las acciones del exladrón, conteniendo a duras penas las ganas que sentía de encender un cigarrillo. Pero los ceniceros del despacho estaban limpios y no quería dejar constancia de su paso por aquel lugar, ni aunque fuese por el simple rastro de una colilla. La mujer de la limpieza de aquel sector del edificio actuaba invariablemente todas las tardes, cuando se marchaba el ocupante del despacho. Para aparentar licitud en sus operaciones, Ted Ligg ocupaba un departamento en un edificio destinado casi exclusivamente a oficinas comerciales. No, no podía dejar allí ni siquiera el rastro de un cigarrillo ya consumido.

Spellton trabajaba con absoluta concentración, ajeno a cuanto le rodeaba. Tunney sabía de sobra que lo que estaban haciendo era ilegal, pero no veía la forma de conseguir pistas por otros procedimientos. Lo malo era, se dijo, que quizá estaban perdiendo el tiempo. Bien, una investigación no era cosa que se realizase en un solo día. Si no encontraba nada allí, tendría que buscar en otra parte.

Un ligero chasquido cortó de repente sus reflexiones. Spellton se enderezó, a la vez que lanzaba un resoplido.

—El señor está servido —dijo de buen humor.

Tanto él como Spellton, usaban finos guantes de goma, al objeto de no dejar huellas dactilares. Si Ligg sospechaba algo, era muy capaz de llamar a la policía y pedir que los expertos en huellas revisaran la pulida superficie de la caja fuerte. Tunney quería evitar tal posibilidad.

En el interior de la caja había un par de libros de tapas negras, amén de unos cuantos fajos de billetes. Tunney se apoderó de los

libros y, llevándolos a la mesa, empezó a pasar rápidamente las páginas.

De cuando en cuando, anotaba algo en una agenda propia. Spellton se asombró del procedimiento.

—Pensé que traerías una microcámara —observó.

—Ligg no me interesa en absoluto, a menos que vea algo gravemente comprometedor. Y, aun así, no podría actuar contra él. No tenemos permiso del juez, precisamente.

—Eso es muy cierto —convino Spellton quien, como delincuente reformado, conocía al dedillo los procedimientos legales—. Entonces ¿quién te interesa, sargento?

—El Asesino Compasivo.

—¡Ah!, ese que mata a las personas que tienen una enfermedad incurable.

—El mismo.

Tunney encontró algunas anotaciones muy interesantes. De súbito, vio un nombre que le hizo ponerse rígido.

Spellton captó el gesto.

—¿Algún conocido? —preguntó.

Tunney se mordió los labios, a la vez que asentía con un gesto.

—Sí —contestó escuetamente—. Bien, ya hemos acabado; dejemos todo en orden.

Spellton enseñó un grueso fajo de billetes.

—Sargento, si hubieses tenido que pagarme de tu bolsillo, ¿cuánto me habrías pagado?

—¿Dos mil?

El ladrón se echó a reír.

—Pensaba conformarme con la mitad —manifestó. Separó veinte billetes de cien dólares y se los echó al bolsillo—. Estoy listo —anunció.

Con la linterna ahora en la mano, Spellton abrió el camino hacia la puerta. Se preguntó qué nombre había atraído tan especialmente la atención del sargento. Pero eso no era cosa suya, se respondió a sí mismo.

Salieron del pasillo y se encaminaron al ascensor. Unos minutos más tarde, se separaban en la calle.

Profundamente preocupado, Tunney se esforzó por adivinar la reacción de Jill Maxwell cuando se enterase de que su esposo era

uno de los más fuertes deudores de Ligg. No sabría nada, hasta que hablase con ella.

Recostada en la hamaca, Jill le tendió ambas manos con cálido gesto de bienvenida.

—No sabes lo que me alegro de verte, Buckie —sonrió—. ¿Qué te apetece tomar?

—Café, por favor.

La doncella aguardaba a unos pasos de distancia. Jill dijo:

—Ya ha oído, Meg. —Sí, señora.

Jill volvió a sonreír.

—Buckie, por favor, no gastes ceremonias conmigo —dijo—. Hace calor. ¿Por qué no te quitas la chaqueta?

—Ocultas la pistola. No sería correcto —respondió él.

—Como quieras. ¿Tienes algo nuevo que contarme? Hablé con mi esposo y le hice ver lo incongruente de su actitud. Tú eres un verdadero amigo y por mucho que se empeñe, no voy a dejar de recibirte.

—Gracias, Jill.

La doncella vino con el servicio de café y se retiró. Tunney llenó las tazas y ofreció una a la joven. Durante unos momentos, permanecieron en silencio. Jill fue la primera en hablar.

—A veces, Buckie, me he preguntado qué habría pasado de haberme casado contigo —dijo.

—Era algo imposible —contestó él.

—¿Por qué? Ciertamente, no te apreciaba lo suficiente para ser tu esposa..., aunque pienso que tampoco pusiste demasiado empeño en cortejarme.

—En parte, es verdad. Me di cuenta muy pronto de que no podía aspirar a ser tu marido.

—¿Por alguna razón especial?

—Tu dinero, diciéndolo crudamente.

—Ronald no era rico y le acepté.

—Cada hombre piensa de un modo distinto, Jill.

—Eres muy orgulloso, Buckie —sonrió la joven.

—Lo siento, no puedo remediarlo. De todos modos, sigo apreciándote de veras.

—Gracias —murmuró ella, hondamente conmovida—. Cosas así no se oyen hoy día con demasiada frecuencia. Buckie, me gustaría

hacer algo por ti, pero no se me ocurre...

—No tienes por qué molestarte, Jill. En cambio, a mí me gustaría hacerte unas preguntas..., y no querría que lo tomaras a mal.

Jill frunció el ceño.

—¿Algo grave? —preguntó.

—Según se mire. He averiguado que tu esposo debe más de doscientos mil dólares.

Ella se incorporó sobre un codo. Le miraba con incredulidad.

—Buckie, no hablas en serio —dijo.

—Soy policía —respondió Tunney—. Es cierto que me he enterado por casualidad, pero no por ello deja de ser verdad lo que acabo de decirte.

—Me dejas pasmada —confesó la joven—. No tenía la menor idea de que Ronald pudiese deber tanto dinero... Pero ¿en qué ha podido gastárselo?

—Deberíamos preguntárselo a él, aunque no tenemos ninguna base legal en qué apoyarnos...

—¡Yo, sí! —protestó Jill—. ¡Soy su esposa!

Tunney levantó una mano.

—¿Puedes hacerme un favor? —solicitó.

—Desde luego, Buckie.

—No le digas nada todavía. Estoy realizando una investigación muy comprometida y si Ronald supiese que otros están enterados de que debe tanto dinero..., bien, sería algo así cómo levantar la liebre antes de tiempo.

—Pero es que se trata de mucho dinero, Buckie —alegó Jill.

—Lo sé. Sin embargo, no puede perjudicarte mucho esperar un par de semanas, ¿verdad?

—Si tú lo dices... Aunque ahora he de ser yo la que te pida un favor, querido.

—Lo que quieras, Jill.

—Si averiguas algo más de Ronald, dímelo sin tardanza.

—Te lo diré, descuida.

Tunney se puso en pie, aunque se inclinó para coger una de las manos de la joven.

—Me gustaría tener el poder de hacer milagros —dijo.

Ella sonrió tristemente.

—Eso es algo imposible —murmuró—. De todos modos, gracias, Buckie.

—Volveré a verte pronto, Jill.

Una vez más, Tunney se enfureció con el destino que había condenado a una muerte prematura a una mujer que lo tenía todo: juventud, belleza, fortuna... Antes de seis meses, Jill Maxwell no sería sino un puñado de cenizas, pensó amargamente.

Sentada en un ángulo de la mesa, con las piernas cruzadas desenvueltamente y un cigarrillo humeante colgado de los labios, Neryna aguardaba pacientemente a que terminase la discusión que se producía en la estancia contigua.

De pronto, oyó un fuerte golpe, seguido de un grito de dolor y del inconfundible ruido del cuerpo de una persona al caer derribada. Casi en seguida, se abrió la puerta del despacho.

Un hombre apareció en el umbral, aunque todavía vuelto de espaldas a la periodista.

—¡Y no lo olvide, bastardo: tiene solamente cuarenta y ocho horas de tiempo para devolverme el dinero o su esposa se enterará de lo que sucede!

La puerta se cerró violentamente. Neryna miró con un solo ojo al hombre que acababa de entrar.

—Algún moroso, ¿eh, Jerry?

Jerry Bennett, apostador profesional, se estiró coléricamente los faldones de la chaqueta.

—Sesenta mil dólares —dijo—. Sesenta mil dólares y no veo la forma de cobrárselos a ese hijo de puta... ¡Oh!, perdona el lenguaje, Neryna...

—No te reprimas por mí. A diario oigo en el periódico cosas peores —rió la joven—. ¿Quién es el sujeto?

—Maxwell. Estoy harto de concederle créditos, ¿sabes? Pero en vista de que no paga, he cerrado el grifo. ¡Que le pida dinero a su esposa, diablos!

Neryna se quitó el cigarrillo de la boca y lo dejó sobre un cenicero.

—En cambio, yo prefiero pagarte por adelantado —manifestó. Abrió su bolso y sacó tres billetes de cien dólares—. Apuéstalos por mí, Jerry.

—Tengo un par de nombres...

Neryna se apeó de la mesa.

—Lo dejo a tu elección. Eres el experto, Jerry.

Bennett miró críticamente a la periodista.

—Me gustaría tener experiencia en otra cosa —dijo, insinuante.

—Depende de mi suerte..., pero no me pagues dinero sin enseñarme la lista de los ganadores..., que yo comprobaré también en mi periódico.

Bennett se echó a reír.

—Siempre soy honrado en mis negocios —dijo.

Neryna se fue hacia la puerta. Con la mano en el pomo, se volvió hacia el apostador.

—Jerry, ese tal Maxwell, ¿se llama Ronald, por casualidad? —preguntó.

—Sí, pero no digas a nadie...

—Descuida, es una información confidencial. Gracias..., y si consigues un ganador para mí, te demostraré mi gratitud. —Con un guiño de ojos, Neryna se despidió de Bennett y caminó en busca de la salida, mientras que pensaba en la sorpresa que iba a recibir el sargento Tunney cuando se enterase de los problemas que tenía el esposo de su antigua amiga.

CAPÍTULO VIII

Con aire desenvuelto y optimista, Ronald Maxwell entró en el despacho de Ted Ligg y arrojó algo sobre la mesa.

Ligg contempló críticamente el rectángulo de papel y luego alzó la vista hacia el visitante.

—No me gustan los cheques —refunfuñó.

—Tómelo o déjelo —respondió Maxwell fríamente—. Con los intereses, son trescientos cincuenta mil...

—Precisamente, la cifra escrita en ese cheque.

—Repito que este procedimiento no me gusta...

—Oiga, ¿acaso pretendía que viniera con un maletín rebosante de billetes? —protestó Maxwell.

—Algunos lo hacen. —Yo, no.

—Puedo obligarlo...

—Ya sé. Enviaré a sus matones y me romperán unos cuantos huesos. Pasaré un mal trago, lo admito, pero ello no le hará recuperar su dinero.

Ligg apretó los labios. Lo que decía su visitante era rigurosamente cierto. Y, qué diablos, por lo que sabía, Jill Maxwell estaba muy enamorada de su esposo. La chica querría evitar el escándalo a toda costa y...

—De acuerdo, le devolveré sus pagarés.

Ligg se puso en pie, mientras Maxwell encendía un cigarrillo con estudiada displicencia. Con el rabillo del ojo, vio al prestamista acercarse a la caja fuerte.

Esperó unos momentos. Apenas vio que la puerta de la caja fuerte giraba a un lado, sacó del bolsillo una pistola de pequeño calibre, apuntó cuidadosamente y apretó el gatillo.

Ligg cayó fulminado, sin enterarse de lo que había sucedido. Con perfecta sangre fría, Maxwell sacó unos guantes del bolsillo y se los puso. La detonación no se habría oído fuera del despacho

insonorizado, como todos los del edificio. Además, había procurado acudir en un momento en que Ligg estaba solo, mientras sus gorilas andaban por las calles, refrescando la memoria a deudores morosos con procedimientos nada amables.

Una vez se hubo calzado los guantes, se acercó a la caja fuerte y extrajo un puñado de papeles. Comprobó que sus pagarés figuraban en el lote. Se llevaría todos los pagarés: si dejaba los restantes, las sospechas recaerían sobre él en el acto. Ya lo quemaría en lugar seguro, como el cheque falsificado solamente para la ocasión.

En la caja, además, había un par de buenos fajos de billetes. A simple vista, Maxwell calculó que el importe total rozaba los cien mil dólares. Ello le permitiría respirar libremente durante una buena temporada, aparte de saldar su deuda con el apostador profesional. Maquinalmente, se tocó el ojo izquierdo, todavía dolorido por el golpe recibido.

Al terminar, se dirigió hacia la salida. Ya llevaba puestos el bigote postizo y las gafas oscuras que había utilizado hasta el instante de penetrar en el despacho. Nadie podría identificarle con el asesino de Ted Ligg.

El prestamista, además, tenía tantos enemigos...

—Quizá te interese una información que he conseguido hoy —dijo Neryna, mientras picoteaba displicentemente del plato que tenía ante sí.

—Seguro, nena —sonrió el sargento Tunney.

—Se trata del esposo de tu amiga Jill Maxwell.

—Lo conozco. No nos tenemos simpatía mutua, precisamente.

—¿Te considera un competidor todavía?

—Neryna, estas cosas no son para tomarse a broma —contestó él muy serio—. Puede que pienses mal de mí..., pero no puedo quitarme a Jill de la cabeza.

—Se casó hace años y la habías olvidado, creo.

—Hasta cierto punto. Lo que sucede es que no la veía ni sabía de su vida y eso hizo que mis sentimientos se fueran suavizando. Pero ahora sé que va a morir... ¿No pensarías tú lo mismo, si estuvieses en mi sitio?

Neryna sonrió cálidamente.

—Eres un tipo encantador —dijo—. Aunque me veas así, tan despreocupada en apariencia, envidio sinceramente a Jill. Nunca

has sentido nada semejante hacia mí, sino más bien todo lo contrario.

—Estaba de por medio el problema profesional de cada uno —alegó él.

—¿Y nada más?

—No, nada más.

—¿Ni siquiera te sientes resentido por la broma que te gasté el otro día en que acordamos iniciar la investigación juntos?

—Soy mejor perdedor de lo que parezco —declaró él—. En cambio, no sería buen abogado, porque, al aceptar tu proposición, debí haberte pedido que la puntualizases con toda claridad.

—Es decir, vamos a la cama y realizaremos el acto sexual.

—Exactamente. Pero estábamos hablando de Ronald Maxwell, creo.

—Sí, es cierto. Debe sesenta mil dólares a mi apostador profesional.

Tunney no pudo contener un respingo.

—¡Diablos, eso es mucho dinero! —exclamó.

—Muchísimo —admitió Neryna.

—Le gusta apostar, ¿eh?

—Y, además, tiene criterio independiente, lo cual significa que no acepta consejos de un profesional, como Jerry Bennett. Por eso pierde tanto dinero.

—Sin embargo, pienso, Bennett habrá tenido sus motivos para admitirle tantas apuestas...

—Maxwell está casado con una mujer rica y, además, gravemente enferma.

—En tal caso, Bennett debería concederle más créditos.

—Bennett se marca siempre unos límites y nunca los sobrepasa. No es tipo que preste dinero con la esperanza de cobrarlo mediante una herencia. Más bien tomó las apuestas, porque sabía que la esposa de Maxwell es una mujer con mucho dinero..., y ella no estaba aún enferma.

—Sí, puede ser. Hablaré con Jill..., la cual, por cierto, ya sabe que su esposo debe doscientos mil a Ted Ligg. Más los intereses correspondientes, por supuesto.

El turno del asombro llegó ahora para Neryna, que aún no sabía nada sobre el asunto.

—¡Cielos! —exclamó—. Ligg le cobrará un cincuenta por ciento o más de interés...

—Ya le pagará cuando muera Jill —dijo Tunney tristemente.

—Pero ¿y si ella lo desheredase?

—Entonces, tendría que enfrentarse con la cólera de Ligg. Y no lo pasaría bien, créeme.

—Buckie, creo que debieras advertírselo a ella...

—Hay tiempo, Neryna. Cuéntame, ¿qué más hay entre Bennett y Maxwell?

—¡Oh!, nada, salvo que Bennett le exigió el dinero lo más pronto posible y se lo recordó, poniéndole un ojo a la funerala —rió la periodista.

—Se merece algo más —rezongó Tunney.

Neryna alargó su mano a través de la mesa y miró al joven con expresión de simpatía.

—Buckie, tú necesitas distraerte un poco. Ahora te haré una oferta y esta vez seré sincera. No habrá trampas, te lo aseguro. ¿Comprendes lo que quiero decirte? Si no lo entiendes, te lo diré con todas las letras. A fin de cuentas, no es mucho peor hacerlo que decirlo.

La periodista hizo una corta pausa.

—Y, en confianza, necesitas alejar de tu mente pensamientos demasiado lúgubres —añadió.

—Gracias, preciosa, pero... créeme, esta noche sería incapaz de nada —contestó Tunney—. Procura entenderme tú también.

—De acuerdo. —Neryna le apuntó con el índice—. Pero no recurras al *whisky* para olvidar.

—Emborracharme sería lo último que haría —aseguró él. Dejó la servilleta sobre la mesa y agitó la mano, para llamar la atención de la camarera—. Dispénsame, pero no tengo ganas de continuar. Quizá me sienta un poco mejor mañana por la mañana.

—Procura dormir —recomendó la periodista.

Tunney regresó a su casa, profundamente deprimido. ¿Con qué clase de sujeto se había casado Jill? Era preciso hacer algo para que Jill no siguiera soportando a un individuo de moralidad más que dudosa. Pero ¿había ya una solución, con un plazo tan corto de vida que le quedaba a la muchacha?

Al entrar en casa, sonaba el teléfono. Levantó el aparato y pronunció su nombre.

—Soy Loona. Ven inmediatamente —oyó.

—Escucha, guapa, no me siento con humor...

—¿Eres policía? —exclamó la mujer vivamente.

Tunney entendió en el acto que la llamada de Loona no era un simple capricho.

—De acuerdo —dijo—. Iré, pero ¿no puedes anticiparme...?

—No —contestó la dueña de El Triángulo de Fuego—. Prefiero que lo veas con tus propios ojos.

Tunney ya no quiso prolongar el diálogo. Indudablemente, se trataba de algo de verdadera importancia. Lo único que hizo fue revisar la pistola, a fin de cerciorarse de que estaba en perfectas condiciones de funcionamiento. Inmediatamente, salió en busca de su coche.

Cuando llegó al local, una *barmaid* le informó de que la dueña estaba en su departamento privado. Tunney no perdió tiempo en buscar el camino que conducía al lugar donde le aguardaba Loona.

Ella le recibió muy seria. Tunney la miró fijamente.

—¿Estás en algún aprieto? —preguntó.

—No. Ven —dijo Loona.

La mujer se acercó a un punto de la pared, en donde había un cuadro, que hizo girar a un lado. Tunney divisó una larga ranura, protegida por un grueso cristal, de unos veinticinco centímetros de largo por seis o siete de anchura.

—El otro lado es un espejo de la decoración, muy grueso —describió Loona—. Por tanto, no pueden vernos ni oírnos, aunque nosotros sí podemos ver lo que sucede en esa habitación. A veces —añadió—, vienen personajes importantes, que desean un rato de esparcimiento, con un máximo de discreción. No puedo negarme a complacerles, Buckie.

Tunney se acercó a la mirilla. Al otro lado, apreció, había una habitación de enormes dimensiones, con un lecho colosal en el centro. Abundaban los espejos y en uno de los lados se veía una mesa bien surtida de botellas, entre las que destacaban las de champaña. En aquella habitación, había un hombre con dos hermosas mujeres.

Todos estaban desnudos y se entregaban a los más disparatados

juegos eróticos. Tunney reconoció al hombre inmediatamente y sintió una oleada de fuego que le inundaba el rostro.

—Deberías tener una cámara —gruñó.

—No —respondió Loona—. Nunca he querido hacer una cosa semejante.

—Pero tienes la mirilla...

—Un par de veces, he tenido que interrumpir la fiesta, porque el cliente quería azotar a su pareja. No me gustan los sádicos, ¿comprendes?

Tunney hizo un gesto de asentimiento.

—Pero ese hombre, ¿cómo diablos...?

—¡Ah!, eso es lo que no sé. Lo único que puedo decirte es que me pidió la habitación especial, con dos chicas, bebidas en abundancia..., y me pagó cinco mil dólares. Alguien se lo ha dicho, indudablemente, pero no quiso mencionar a la persona que le habló de esta habitación.

—Cinco mil dólares... —se asombró Tunney—. Pero ¿de dónde demonios ha sacado ese hombre tanto dinero?

—Debieras preguntárselo a su esposa, ¿no crees?

—Sí, lo haré, tenlo por seguro.

Tunney hizo girar el cuadro para dejarlo en su posición habitual.

—Gracias por haberme llamado —agregó—. Tenías razón; era un asunto de verdadera importancia.

—Lo siento, Buckie...

—¿Sentirlo? —rió él—. Todo lo contrario, preciosa. —Palmeó suavemente la mejilla de Loona—. Tendré en cuenta este favor, créeme.

—Gracias, Buckie. Si necesitas algo más...

—Eso es todo. Déjale que siga divirtiéndose y no te preocupes más de él.

Tunney se encaminó hacia la puerta. Cuando se disponía a salir, Loona le llamó:

—Buckie, hay ocasiones en que un hombre necesita olvidar —dijo intencionadamente. El joven sonrió.

—Te defraudaría —respondió—. Pero gracias de todos modos.

Era curioso, pensó. En la misma noche, dos mujeres, distintas, pero ambas muy hermosas, se le habían ofrecido sin remilgos. Se preguntó si había demasiada pena en su cara y ellas se lo notaban.

Le costó mucho dormirse. En la oscuridad, con los ojos muy abiertos, fumó cigarrillo tras cigarrillo, mientras estudiaba la forma de abordar mejor el problema cuando fuese a visitar a Jill. Pero, finalmente, decidió que no debía andarse con rodeos. A una mujer que había sido lo suficientemente valerosa como para afrontar un diagnóstico de irremediable fatalidad, no se le podían ocultar las verdades, por amargas que resultasen.

CAPÍTULO IX

Estaba afeitándose, mientras se preguntaba si se notarían demasiado las ojeras producidas por el insomnio, cuando sonó el teléfono.

Lanzó un reniego y continuó con la operación. El teléfono, sin embargo, continuaba sonando insistentemente.

Maldijo entre dientes y abandonó el baño, con la cara todavía parcialmente enjabonada. Levantó el aparato y emitió un gruñido.

—Tunney, hable el importuno, quienquiera que sea.

—No madrugas demasiado, sargento —comentó Neryna al otro lado de la línea.

—He pasado mala noche.

—Conmigo la habrías pasado mejor, Buckie. Pero tú despreciaste...

—Basta de rodeos —refunfuñó Tunney—. Al grano, Neryna.

—Está bien. Son dos noticias muy importantes, y yo pienso que relacionadas entre sí.

Pero no se puede acusar a nadie sin pruebas, ¿comprendes?

—¿Quién es el sospechoso?

—Ronald Maxwell. Primero, anoche liquidó la deuda de sesenta mil dólares a Jerry Bennett. Pagó en billetes, contantes, hasta el último centavo.

—¿Le sacaría el dinero a su mujer? —especuló el joven.

—Habría que preguntárselo a ella. Y también a Ligg, aunque éste no puede contestar a ninguna pregunta.

—¿Por qué?

—¡Hombre!, los muertos no hablan —exclamó la periodista.

Tunney sintió una especie de puñetazo en el pecho.

—¡Ligg...!

—Un tiro en la cabeza. La muerte fue instantánea. Le dispararon por detrás, a eso de las siete y media de la tarde. Eso es lo que dice

el informe preliminar del forense. Pero todavía hay más.

—Sigue —gruñó Tunney, impaciente por las dilaciones de su interlocutora.

—El teniente Farrell se encarga del caso. Ha interrogado a los *gorilas* de Ligg. En aquellos instantes, se hallaban ausentes. Ninguno de ellos vio al asesino.

—¡Vaya unos guardianes! —comentó el joven sarcásticamente.

—Era una hora en la que no esperaba ninguna visita y, aparte de otras cosas, les había dado permiso para irse a tomar una taza de café al bar de enfrente. Indudablemente, el asesino era persona conocida de Ligg, porque éste no tomó precauciones especiales. Tenía una pistola en el cajón de su mesa y habría podido defenderse, ¿comprendes?

—Sí. ¿Qué más?

—Ligg ha aparecido muerto a los pies de su caja de caudales, que estaba cerrada. Pero el teniente Farrell obtuvo permiso para abrirla y, según parece, no hay ni un solo pagaré y en las agendas de notas que guardaba allí, faltaban algunas páginas, arrancadas, según se cree, por el asesino. Los *gorilas* aseguran igualmente que faltan unos cien mil dólares. Ligg tenía siempre mucho dinero en la caja. Imagínate los motivos.

Tunney pensó inmediatamente en cierta persona, que la misma noche del crimen había cancelado una deuda de sesenta mil dólares y que luego se había entregado a una repugnante orgía. ¿Había sido capaz Maxwell de cometer un crimen?

—¿No me dices nada? —preguntó Neryna al observar el silencio del joven.

—Perdona, estaba distraído... Gracias por las noticias.

—¡Vaya!, pensé que me dirías algo más...

—¿Por qué no le preguntas al teniente Farrell? Está encargado del caso, según acabas de decirme. Yo tengo asignado otro muy distinto, me parece que ya lo sabes.

—Buckie, tú y yo estamos pensando en la misma persona...

—Neryna, si me aprecias un poco, haz el favor de guardar silencio. Al menos, hasta que yo haya hablado con Jill. ¿Me los prometes?

Neryna dudó un instante.

—Está bien, pero no me gustaría esperar demasiado —dijo al

cabo.

—Sólo aguardarás lo necesario, ni un minuto más —aseguró Tunney.

Dejó el teléfono en la horquilla y meditó durante unos segundos. Luego, de repente, dio la vuelta y se encaminó al baño, a fin de concluir la interrumpida tarea de su afeitado.

Jill estaba tendida en la hamaca. Tunney creyó ver en su rostro una palidez superior a la habitual. La joven tenía los ojos cerrados y él dejó pasar unos momentos en completo silencio.

Al fin, Jill abrió los ojos y sonrió.

—Hola, Buckie —dijo—. ¿Por qué no te sientas? Llamaré a Meg para que sirva café...

—No, gracias; no te molestes. —Tunney agarró una silla y se sentó a horcajadas—. Tengo que hablar muy seriamente contigo, Jill —manifestó.

—¿Suced algo grave? —se alarmó la joven.

—Contéstame a esta pregunta, por favor —pidió él—. ¿Dónde estaba tu esposo ayer por la tarde, sobre las siete y media?

Jill abrió mucho los ojos.

—¿Sospechas que haya podido hacer algo malo? —exclamó.

—Por favor, Jill, respóndeme...

—Estaba aquí, en casa... Todo el día estuvo en casa, puedo garantizártelo.

—¿También por la noche?

—No. Se fue sobre las ocho y media, después de cenar un poco. Dijo que iba a ver a unos amigos...

«Unos amigos», pensó Tunney furiosamente. Elevó la voz:

—Jill, ¿estás total y absolutamente segura de que Ronald pasó la tarde en casa?

—Sí, Buckie.

—Mira, esto es más serio de lo que parece. Sé que amas a Ronald..., pero ello no debe ser obstáculo para que ocultes la verdad.

—Te lo juro —insistió ella—. Por favor, dime qué ha sucedido, Tunney sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca.

—Más preguntas —dijo, después de aspirar la primera bocanada de humo—. ¿Recuerdas que te dije que tu esposo había pedido préstamos por importe de doscientos mil dólares? ¿Sabías también

que debía sesenta mil a un apostador profesional de carreras de caballos?

Jill se sentía estupefacta.

—¡Oh, Dios mío!, eso parece... un sueño absurdo...

—No lo es —dijo el joven, inflexible—. Dime, ¿te pidió él dinero en alguna ocasión?

—¡Ronald trabaja! No necesita mi fortuna —exclamó la joven acongojadamente.

—¿En qué trabaja?

—Tiene negocios..., una oficina de compra y venta de tierras...

Tunney, sorprendido, frunció el ceño.

—¿Sabes dónde está esa oficina?

—Independence Road, seiscientos treinta.

—Muy bien... Jill, quiero que sepas que siento horriblemente darte estos disgustos, pero era absolutamente necesario. Ahora, por favor, incluso más por ti que por mí, dime si Ronald estuvo ayer toda la tarde en casa. Quizá otro policía venga a preguntártelo.

—¿Por qué, Buckie? —se extrañó ella.

—Ayer, a las siete y media, murió de un tiro el hombre al que tu marido debía doscientos mil dólares.

Jill se puso una mano en el pecho.

—¿Sospechas de él? ¡Oh!, no puede ser; repito que estuvo toda la tarde conmigo y sólo se fue a las ocho y media, después de la cena.

—¡Ojalá sea así!, como dices. Jill, repito que lamento infinitamente haberte hecho pasar un mal rato, pero es que tienes un esposo que no es como debiera ser.

Ella volvió la cabeza a un lado. Tunney se dio cuenta que Jill sabía algo, aunque, quizá por orgullo y amor propio, no quería decirlo. ¿Era sincera al asegurar que Ronald estaba a su lado en el momento de la muerte del prestamista?

Meg, la doncella, apareció de pronto en la terraza.

—Señora, el doctor Spencer —anunció.

—¡Cómo! —se sorprendió el joven—. ¿Viene a visitarte...?

—Sí, un par de veces por semana —respondió Jill—. Me está administrando una medicina que parece da buenos resultados, aunque la verdad es que yo, cada día, me encuentro peor.

—Por favor —pidió él—, no comentes nada de lo que hemos

hablado. Si te pregunta, dile que he venido solamente como amigo para interesarme por tu estado de salud.

El médico apareció en aquel instante, con un maletín en la mano. Al ver a Tunney, se detuvo una fracción de segundo, pero reanudó la marcha casi en el acto.

—¿Cómo está la paciente? —exclamó jovialmente—. Usted y yo nos hemos visto antes, señor...

—Tunney, doctor Spencer —contestó el joven—. Pero ya me marchaba. No quiero estorbar en su tarea.

—¡Oh!, no molesta en absoluto, amigo mío. Sólo se trata de cosas de rutina, pulso, temperatura, presión arterial..., y una inyección para que esta hermosa joven recobre la salud.

—Eso es ya imposible —murmuró Jill tristemente.

Tunney se inclinó y estrechó su mano.

—Animo, querida, el doctor Spencer te curará —dijo.

El galeno tenía la jeringuilla de inyecciones en alto y estaba presionando el émbolo suavemente, con objeto de no dejar en su interior la menor burbuja de aire. Oyó las palabras del joven y dijo:

—Se hará lo que se pueda.

—Maxwell no ha sido —dijo Tunney, encaramado a un taburete, en el bar donde solía reunirse habitualmente con la periodista.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Neryna.

—Estaba en casa a la hora en que fue asesinado Ligg.

—Lo dice su esposa, claro.

—No tengo motivos para dudar de la palabra de Jill —contestó él, muy desazonado—. Una cosa es cierta. Los *gorilas* salieron poco antes de las siete, pero no a tomar café como se creía, aunque tal vez sí lo hicieran durante su ruta, sino a visitar a un par de deudores recalcitrantes. Volvieron sobre las ocho. Ligg ya estaba muerto.

—A las ocho, Maxwell estaba en casa, cenando con su mujer.

—Lo dice ella.

—Sí. ¿Por qué habría de engañarme?

Neryna hizo una mueca.

—Si cenaron juntos, alguien les serviría la cena —dijo.

Tunney asintió.

—Tendré que hablar con Meg, la doncella..., pero, de todos

modos, éste no es asunto mío. Mi caso es otro, tú lo sabes bien.

Ella suspiró.

—Demasiado —convino—. Y lo peor de todo es que no adelantamos un paso.

—A mí, en cambio, ha empezado a bullir una idea en la cabeza... —murmuró Tunney.

—Habla —solicitó Neryna ansiosamente.

—Puede que no sea más que un disparate..., pero, hasta ahora, todas las víctimas, aparte del denominador común de su dinero, tenían otro: una enfermedad crónica o estaban inválidas..., y han muerto de una forma que, realmente, no debería haber despertado sospechas. A veces, yo pienso que un médico puede estar involucrado en este asunto. *Sabe qué personas están enfermas o impedidas*, pero con una perspectiva de muchos años de vida todavía. Eso les agria el carácter por lo general, y el cónyuge empieza a padecer y... ¿Comprendes lo que quiero decirte?

—Sí —exclamó Neryna—. Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta. Pero entonces, tendríamos que investigar...

—Sobre médicos que en el pasado hayan tenido contratiempos económicos y que ahora tengan un porvenir boyante sin problemas financieros.

—Aparte de los aficionados al juego, por ejemplo; los aficionados a apostar en las carreras de caballos y cosas por el estilo.

—Puede ser una buena idea —dijo la periodista—. ¿Seguirá el intercambio de informaciones, Buckie?

—Por supuesto —respondió el joven.

El hombre se asomó un instante a la puerta de la taberna. Palmer estaba en un rincón del mostrador y le vio casi en el acto. Pero, en lugar de entrar, el hombre retrocedió.

Palmer abonó la consumición y salió del local. Delante de él, a unos cincuenta pasos, un individuo caminaba cojeando ligeramente.

Palmer le siguió sin mostrar prisas. Momentos después, se sentaban en uno de los bancos.

—He traído el dinero —dijo, a la vez que le entregaba un paquete envuelto en papel fuerte y sujeto con tiras adhesivas.

El asesino tomó el paquete y lo sopesó unos instantes.

—Hay cien mil dólares —indicó Palmer.

—Mejor para usted. ¿Qué tal se siente ahora?

Palmer respiró profundamente.

—Como un chico con zapatos nuevos —contestó—. ¡Ah!, esto es vida, amigo mío; libre a cualquier hora del día y de la noche y con *pasto* en abundancia... Oiga, fue un ataque cardíaco muy bien simulado. Engañó perfectamente al médico de cabecera.

—No resultó difícil —contestó Peter con fingida modestia.

—Sí, fue perfecto. Y he estado pensando... Lo que hizo usted demuestra muchos conocimientos de medicina. ¿Es usted médico, por casualidad, Peter? —preguntó Palmer.

Un denso silencio se produjo a continuación. Palmer empezó a sentirse repentinamente aprensivo.

—Creo que he hecho una pregunta estúpida... Olvídelo, Peter; hágase cuenta de que no he dicho nada...

—Es usted quien tiene que olvidarlo —dijo el asesino heladamente—. Escuche una cosa: yo le conozco a usted y usted no me conoce a mí. Como puede comprender, éste no es mi aspecto habitual. En cualquier momento, puedo acercarme a usted y quitarle del mundo de los vivos..., si no aprende a tener la boca cerrada. ¿Ha comprendido bien lo que quiero decirle?

—Sí, sí..., señor... —contestó Palmer, sintiendo que el miedo le penetraba hasta el tuétano de los huesos.

—Usted es ya libre y rico. Olvídese de todo, olvídese de mí..., y las cosas marcharán satisfactoriamente para ambos. Y ahora, márchese sin volver la cabeza.

Palmer se levantó y huyó como alma que lleva el diablo. En su fuero interno, sin embargo, tenía la seguridad de que sus palabras habían dado en el blanco: el asesino era médico.

CAPÍTULO X

En el número 630 de Independence Road, había, en efecto, un despacho comercial, con un rótulo en el que se leía el nombre de Ronald F. Maxwell y las actividades que allí se desarrollaban. Pero en aquellos momentos, no había nadie en la oficina, por lo que Tunney decidió bajar al vestíbulo, para interrogar al portero.

—El señor Maxwell viene muy poco por aquí —declaró el conserje—. En realidad, se puede decir que no aparece en semanas enteras. Lo único que puedo decirle es que paga puntualmente la renta del despacho, eso es todo.

—Recibirá correo, sin duda...

El conserje hizo un gesto negativo.

—Algunos folletos de propaganda..., pero correspondencia en serio, absolutamente no, señor.

—¿Tampoco ha tenido empleados en la oficina?

—Hace un par de años, había una secretaria. Pero se aburrió de estar mano sobre mano todo el día... El teléfono, ni siquiera llamaba. La mujer se hartó un buen día y, a media mañana, me entregó las llaves y se marchó, diciéndome que no pensaba volver allí ni aunque la trajeran a rastras.

Tunney sonrió. Aquella secretaria, pensó, debía de haber sido una mujer honesta.

Simplemente, no quería cobrar un sueldo que no se ganaba.

—Muchas gracias, amigo —dijo.

—No hay de qué, pero... ¿es usted conocido del señor Maxwell?

Tunney entendió la indirecta. Lo que el conserje quería era una propina por la información. Entonces, sacó a relucir su placa.

El conserje se puso colorado.

—Dispénsame...

—Guarde silencio —ordenó Tunney.

Y salió a la calle, justo para encontrarse con una persona

conocida a cuatro pasos del edificio.

—¡Polly! —exclamó.

La enfermera no le había visto y se volvió al oír su nombre. Una cálida sonrisa apareció de inmediato en sus rojos labios.

—¡Buckie! —Le tendió una mano enguantada—. ¡Cuánto le alegro de verte! —exclamó.

Tunney retuvo un instante la mano de la joven.

—El que se alegra de ver una cara bonita soy yo —manifestó—. ¿Qué, se mostrará celoso tu pretendiente si tomamos una copa juntos?

—¡Hombre!, no es un Barba Azul —rió Polly. Y luego, cuando ya estaban acomodados frente a un mostrador, le hizo una pregunta—: ¿Cómo marcha tu investigación? —No muy bien— admitió él. —Pero estas cosas suceden con frecuencia. No siempre se descubre al asesino a la primera.

Polly le miró con simpatía.

—Tú lo conseguirás —vaticinó—. Y, a propósito, ¿qué me dices de la señora Maxwell?

Nada bueno —contestó el joven tristemente—. Tú me informaste de la enfermedad que padece y, por lo que puedo ver, a partir de aquel día, todavía ha empeorado más, pese a los esfuerzos del doctor Spencer.

—Es curioso —dijo Polly—. Ayer me trasladaron de nuevo a su equipo.

—¿De verdad?

—Sí, aunque sólo de una forma provisional, para suplir a una compañera que se marcha con un mes de vacaciones.

—Spencer volverá a perseguirte —sonrió Tunney.

—Si intenta algo, mi pretendiente le machacará las narices. Pero se portó muy cortésmente cuando fui a verle para anunciarle la decisión de la jefe de enfermeras. Habrá encontrado otra más bonita que yo.

—Es difícil, Polly. Por cierto, ¿has oído comentar en el Memorial algo sobre médicos con apuros económicos?

La enfermera lanzó una rotunda carcajada.

—¡Todos! —contestó alegremente—. Bueno, es un decir, Buckie... Sólo unos pocos afortunados ganan realmente dinero, como, por ejemplo, el doctor Spencer. ¡Menudo coche acaba de

comprarse hace pocos días! ¡Un «Mercedes» plateado, descapotable, último modelo, que ha debido de costarle un ojo de la cara!

—¿A él o a sus pacientes? —preguntó Tunney en el mismo tono de buen humor. Dejó un par de billetes sobre el mostrador y se apeó del taburete. Luego cogió con sus manos la de Polly—. Deseo que tu pretendiente acabe casándose contigo y que tengáis media docena de chiquillos.

Los ojos de la joven se humedecieron.

—Gracias, Buckie. A mí me gustaría poder decirte lo mismo con respecto a la señora Maxwell...

—Está casada.

—El marido es un tipo depravado. Si su estado de salud fuese bueno, el de ella, claro, sería cosa de aconsejarle que se divorciase. Entonces, tú...

—Eso no son más que sueños, completamente irrealizables —contestó él melancólicamente—. Adiós, Polly.

Ella le dirigió una cálida sonrisa. Vio al joven que se alejaba y sintió una gran compasión por él. Aunque no le había dicho nada, su instinto de mujer había funcionado, haciéndole adivinar lo que Tunney sentía hacia la señora Maxwell.

Polly conocía bien a Ronald Maxwell de los tiempos que ella trabajaba para Loona Sparks. Maxwell había sabido engañar bien a aquella encantadora joven cuya vida iba a ser muy corta, pensó, no menos triste que el sargento Tunney.

El teniente Farrell, encargado de la investigación en el asesinato de Ted Ligg, acababa de recibir una información sorprendente.

Con ojos ceñudos, contempló el billete de cien dólares que le había sido enviado por cierto director de Banco. Aquel billete, no cabía la menor duda, procedía de un robo cometido un par de años atrás. Se conocía la mayor parte de la numeración de los billetes y ello había llamado la atención al cajero que había recibido el que Farrell tenía en las manos.

El oficial de policía seguía con la vista fija en el billete. La información recibida, junto con el billete, delataba inequívocamente a la persona que se lo había entregado. Tendría que ir a visitar a aquella persona, se dijo.

Tras unos momentos de indecisión, se levantó y salió de su despacho.

—Voy a salir —anunció a su segundo—. No creo que tarde más allá de un hora en regresar, sargento.

—Muy bien, señor.

Farrell llegó a la puerta de la calle y subió a su coche oficial. Puesto que, aunque se trataba de un asunto de gravedad, no tenía urgencia, hizo circular a su vehículo sin sirena ni luces de destellos. En aquella gestión, unos minutos más o menos carecían de importancia.

Llamaron a la puerta. Tunney, que acababa de salir de la ducha, se envolvió en una bata de baño, metió los pies en unas zapatillas afelpadas y se encaminó hacia la puerta. Abrió.

Sus cejas se alzaron al reconocer a la periodista. —Neryna— exclamó. —Tengo noticias para ti, Buckie.

—Pasa. Ahora me disponía a desayunar...

—Termina vestirme; yo prepararé el desayuno.

—Muy bien, a tu gusto.

Neryna le entregó una taza de café.

—He conseguido informes de tres médicos, por lo menos —dijo la periodista—. Uno de ellos es Burton Craig. Está entrampado hasta las cejas y hasta se le considera sospechoso de recetar más drogas de lo habitual en un médico.

—Sigue, por favor.

—Otro es Paul Fawler. Guapo, buen mozo, jugador... Debe a varios prestamistas. Está siempre sin un céntimo.

—¿Y el tercero?

Ella le miró fijamente.

—Herbert E. Spencer —dijo.

Hubo un instante de silencio.

—Sí, Spencer —repitió Neryna—. ¿Es que su reputación le pone a salvo de toda sospecha?

—No, en absoluto. Pero cuéntame, ¿qué has averiguado de él?

Antes de que Neryna pudiese hablar, sonó el teléfono.

—Dispensa —murmuró el joven. Y se levantó de la mesa, para atender a la llamada.

Al llegar a la sala, levantó el aparato. Con gran sorpresa, reconoció la voz de Jill.

—¡Buckie! —exclamó la joven—. Por favor, ¿puedes venir? Se trata de algo muy importante...

Desde luego. Iré inmediatamente, querida.

Colgó el teléfono y regresó a la cocina.

—Tengo que salir —anunció.

—¿Jill? —preguntó Neryna.

Tunney apuró su taza de café.

—Sí —contestó, a la vez que daba media vuelta.

Neryna echó a correr tras él.

—Te acompañaré —dijo.

—No sé si ella querrá... —dudó el joven.

—Escucha, iré contigo y tú hablarás a solas con Jill. Si lo que tiene que decirte es privado, no te haré ninguna pregunta. Pero puede interesarme a mí..., y tú decidirás.

¿De acuerdo?

—Está bien, de acuerdo. ¡Vamos, no perdamos un minuto!

Tunney abrió la puerta y casi se dio bruces con Polly Reed, que se disponía a llamar en aquel momento.

CAPÍTULO XI

Bostezando aparatosamente, pero también enojada por haber sido despertada a una hora tan temprana, Loona Sparks se echó a un lado para que pasara el hombre que estaba al otro lado de la puerta.

—Entre, teniente —dijo de mala gana—. Si quiere, puede registrar mi casa; no encontrará un solo gramo de droga...

—Yo no me dedico a la droga, señora, sino a los homicidios —contestó Farrell gravemente.

—Homicidios —repitió ella.

—Sí, señora.

Loona buscó cigarrillos, ofreció al teniente, que rechazó la invitación, encendió uno y aspiró el humo con fuerza. Luego dijo:

—Me encuentra usted impresentable... —Se atusó el revuelto cabello—. El negocio exige que me acueste tarde. Por tanto, no puedo madrugar... Está bien, ¿de qué se trata?

En silencio, Farrell extrajo el billete que había recibido aquella misma mañana.

—Me lo han traído hoy del Banco —manifestó—. El cajero dice que lo entregó usted, para ingresarlo en su cuenta.

—Puede ser —contestó Loona con displicencia—. Ingreso dinero con frecuencia en el Banco. Pero ¿por qué dice eso?

—Este billete fue robado hará un par de años, con otros muchos, de la mayoría de los cuales se había tomado la numeración.

—Oiga, no irá a decir que yo... —se sulfuró la dueña de El Triángulo de Fuego.

—No, en absoluto. Pienso que se lo entregó a usted alguno de sus clientes. ¿Puede recordar quién pagó alguna consumición con un billete de cien dólares? No suele ser muy frecuente, ¿verdad?

Loona se mordió el labio inferior.

—Recibo más de uno de esos billetes al cabo del día —contestó.

—Usted ingresó ayer cincuenta billetes de a cien. Demasiados, ¿no le parece? ¿O tuvo cincuenta clientes que pagaron de esta forma en un solo día?

Loona chasqueó los dedos.

—Claro que no —exclamó—. ¡Ojalá los tuviera...! Cinco mil dólares no entran a diario en mi caja... Pero hace algunos días, un tipo derrochador me pagó, efectivamente, con billetes de cien, un gasto de cinco mil dólares. Puede que ese billete formase parte del paquete, aunque, claro está, no podría jurarlo.

—Muy bien, señora Sparks. Por favor, dígame el nombre de ese cliente.

De pronto, Loona recordó algo.

—Tuvo que ser él, el hijo de perra...

—¿Quién? —insistió Farrell.

—Ronald Maxwell.

Farrell, que ya tenía noticias sobre las actividades del sujeto, hizo un gesto de asentimiento.

—Es muy posible —contestó—. Gracias, señora Sparks.

Al quedarse sola, Loona permaneció unos segundos indecisa. Luego corrió hacia el teléfono. Tunney, se dijo, debía estar enterado de lo que sucedía.

—Ahora, no, Polly —dijo Tunney con firmeza—. Tengo muchísima prisa. Me ha llamado la señora Maxwell...

—Esto es más urgente —le interrumpió la enfermera—. La señora Maxwell puede aguardar perfectamente unos minutos. No le ocurrirá más de lo que ya tiene.

Tunney miró fijamente a Polly. Luego se echó a un lado.

—Está bien —accedió finalmente—. Entra... ¡Ah!, te presento a Neryna Hawks, de La voz de Kelmonton. Neryna, ésta es Polly Reed, enfermera y una buena amiga.

Las dos jóvenes se saludaron cortésmente. Luego, Polly se encaró con el policía.

—Te dije que me habían asignado eventualmente al equipo del doctor Spencer, Buckie.

—Sí, lo recuerdo.

—Ayer me pasé el día revisando el archivo de fichas de casos clínicos. O mi compañera lo tenía muy descuidado últimamente o Spencer no se preocupaba demasiado de ese archivo en los últimos

tiempos. Entonces, encontré algo que me hizo pensar mucho.

—¿De qué se trata, Polly?

—Luego hice algunas averiguaciones por mi cuenta y me enteré de... Pero mejor será empezar por lo que encontré en el archivo. —Polly abrió el bolso que llevaba colgado del hombro y extrajo una cartulina blanca—. Míralo tú mismo, Buckie.

Tunney cogió la cartulina y leyó rápidamente las anotaciones escritas en la misma. Al terminar, lanzó una sonora exclamación:

—¡Dios! ¡No es posible!

—«Es» posible —afirmó Polly—. Para mí, además, no cabe la menor duda. Recuerdo muy bien a Spencer de otros tiempos en El Triángulo de Fuego. Por eso creyó, cuando yo ingresé en el hospital, que podría repetir la diversión gratuitamente.

Tunney entornó los ojos.

—¿Es posible que Spencer informase a Maxwell de lo que se podía conseguir en ese local? —murmuró.

—No me extrañaría en absoluto, Buckey.

Hubo un instante de silencio. Luego, Tunney se volvió hacia la periodista.

—¿Qué opinas, Neryna? —consultó.

—Ahora lo veo todo claro —respondió la interpelada—. Aunque, si mal no recuerdo, Polly tenía que contarnos aún más cosas del doctor Spencer.

—Quizá se refiera al coche nuevo que acaba de comprarse —apuntó el joven.

—Es la comidilla del hospital, desde luego; pero ya estamos acostumbrados allí a su manía de grandezas y a su afán de ser el mejor en todo... incluso en el lujo —manifestó la enfermera—. No, yo no quería hablar del «Mercedes» nuevo de Spencer, sino de la farmacia del hospital.

Tunney entornó los ojos.

—¿Qué, se dedica acaso a conseguir drogas para aumentar sus ingresos? —Sospechó.

Polly sonrió.

—Eso le proporcionaría sólo unos cientos de dólares y le comprometería gravemente —contestó—. No, yo me refería a un medicamento muy especial, que se utiliza solamente en los casos de muy alta tensión arterial. Para rebajarla, claro.

Tunney creyó que se quedaba sin respiración. Ahora, de repente, lo comprendía todo.

De pronto extendió los brazos y empujó a las dos mujeres hacia la puerta. —¡Aprisa!— exclamó—. No podemos perder ni un solo segundo...

Acompañado del sargento Sloan, el teniente Farrell se dirigía en su coche hacia la residencia de los Maxwell. De pronto, al detenerse ante un semáforo, ya que se desplazaban sin utilizar luces ni sirena, vieron a un individuo en un coche, situado junto al que ocupaban ellos.

Farrell tocó en el codo a su acompañante.

—Es ése —murmuró—. Deje que arranque y luego ciérrele el paso.

—Sí, señor —respondió Sloan en el mismo tono bajo.

Ninguno de los dos hombres miraba a Maxwell, que tarareaba entre dientes una cancioncilla, mientras que sus dedos seguían el compás sobre el aro del volante. De pronto, el semáforo se puso en verde.

Sloan arrancó en el acto. Maxwell se quedó rezagado un instante, lo justo para que el coche policial le bloquease el paso unos metros más adelante. Colérico, Maxwell sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Eh, oigan! ¿Es que no tienen ojos en la cara? —gritó furiosamente.

Pero los dos policías se apeaban ya, cada uno por su lado. Maxwell empezó a sentir aprensiones. Instintivamente, abrió la portezuela y se bajó del coche.

—¿Qué les pasa, amigos? ¿Acaso he cometido alguna infracción de tráfico? —preguntó.

—Quizá algo mucho peor —respondió Farrell, a la vez que sacaba su placa—. ¿Es usted Ronald Maxwell?

—Sí —contestó el interpelado, tragando saliva—. ¿Qué pasa?

—Queremos hablar con usted, acerca de algunos billetes de Banco, de cien dólares, que entregó a la señora Sparks, como pago de ciertos servicios, señor Maxwell.

El sujeto se puso lívido.

Retrocedió. Ahora se daba cuenta que, de alguna manera, habían identificado parte del dinero hallado en la caja fuerte del

prestamista.

De súbito, sintió un miedo espantoso. Algo había fallado en un plan tan bien estudiado. Una oleada de ciego pánico invadió su mente, impidiéndole coordinar las ideas de una forma razonable.

Tenía que huir, al precio que fuese. Sin saber casi lo que hacía, sacó la pistola.

—¡No lo haga! —gritó Farrell, sorprendido por el inesperado gesto de Maxwell.

Pero el sujeto no era capaz ya de reflexionar. Apretó el gatillo y Farrell, con el hombro atravesado, giró violentamente y se desplomó al suelo.

El sargento Sloan se parapetó tras el motor de su coche. Cuando Maxwell se volvía él, Sloan hizo funcionar su revólver del 38.

Maxwell lanzó un pequeño grito y levantó los brazos. Dio un par de traspis, mientras la gente, asustada, corría en todas direcciones y los coches frenaban violentamente en los alrededores, y acabó por caer de bruces al suelo.

Sloan saltó por encima del coche, llegó junto al asesino y apartó la pistola de un puntapié. Luego se volvió hacia su superior. Farrell, con la mano izquierda en el hombro herido, se sentaba en el suelo, la espalda apoyada en el costado del coche policial. —No es grave, sargento— jadeó—. Llame a una ambulancia inmediatamente.

—Sí, señor.

Pasado el tiroteo, la gente empezaba a arremolinarse en torno al lugar. Haciendo un esfuerzo, Farrell consiguió alcanzar la pistola del asesino. Luego dirigió la vista hacia Maxwell.

El hombre yacía de bruces sobre el asfalto. Su inmovilidad era absoluta.

Entre dientes, tratando de dominar el dolor que le causaba la herida, Farrell dijo:

—¡Tú te lo has buscado, condenado idiota!

Aunque conducía bastante aprisa, Tunney no había conectado sin embargo la sirena ni la luz de destellos que disponía en su coche privado. Las dos mujeres, Neryna y Polly, viajaban con él en el coche; la una por el interés estrictamente periodístico y la otra para corroborar las acusaciones contra el doctor Spencer.

De repente, sonó la radio:

—Laurel

5-12,

aquí control. Conteste, Laurel 5-12.

Tunney agarró el micrófono:

—Aquí, Laurel

5-12.

Adelante, Control.

—Tiroteo en Independence Road y Springs. El teniente Farrell ha resultado herido al arrestar a Ronald Maxwell como sospechoso del asesinato de Ted Ligg. Maxwell ha muerto. Se suponía que fue quien hizo circular algunos billetes de cien dólares, procedentes del robo de Cannon Place. El jefe Brewster quiere que siga con la investigación.

—Oiga, Control; estoy con el caso de el Asesino Compasivo. He descubierto nuevos datos, que posiblemente me permitan solucionar el caso esta misma mañana. Luego seguiré con el asunto Ligg. ¿Enterado, Control?

—Se lo diré así al jefe Brewster.

Tunney dejó el micrófono en su sitio. Sin quitar la vista de la calle, dijo:

—No quiero que ninguna de las dos mencione nada sobre lo que acaban de escuchar.

¿Entendido?

—De acuerdo —contestó la periodista.

—Maxwell era un granuja. Tenía que acabar así, un día u otro —dijo Polly con los dientes muy prietos.

Tunney asintió. Se preguntó qué diría Jill cuando conociese la noticia de la muerte de su esposo. Pero había otra noticia aún más importante. Y, en aquel momento, adquirió la certeza de que el recién fallecido Maxwell se había puesto de acuerdo con el doctor Spencer.

Pronto lo comprobaría, se dijo.

Momentos después, Meg, la doncella, abrió la puerta de la casa, muy extrañada al ver al joven en compañía de dos mujeres. No obstante, discreta, se abstuvo siquiera de sonreír y, a la pregunta de Tunney, contestó que la señora acababa de levantarse y estaba en la terraza.

—¿Ha desayunado? —preguntó el policía.

—No, señor; dijo que no tenía apetito...

—Prepárele inmediatamente dos huevos con tocino, tostadas, mantequilla, mermelada, crema y café —dijo Tunney enérgicamente—. Le garantizo que la señora recobrará el apetito hoy mismo, Meg.

La doncella, pasmada, se dirigió hacia la cocina. Tunney cruzó la casa, seguido de sus acompañantes, y salió a la terraza.

Jill, envuelta en una bata, dormitaba al sol. El rostro de la joven, demacrado, aparecía cubierto de una intensa palidez. Tunney pensó que, tal como marchaban las cosas, Jill estaba destinada a morir mucho antes de los seis meses marcados por el doctor Spencer.

Acercándose a ella, tocó su antebrazo.

—Jill, ya estoy aquí —anunció.

CAPÍTULO XII

—Tengo que decirte algo —manifestó Jill, haciendo un esfuerzo para sentarse un poco más erguida—. El día aquel... yo me había quedado dormida en este mismo sitio... Debió de ser poco después de las cinco o cinco y media, no recuerdo muy bien; incluso es posible que mi esposo me administrase un sedante con el té que suelo tomar a esas horas... Meg me despertó pocos minutos antes de las ocho. Dijo que mi esposo acababa de llegar... Entonces no quise decírtelo; pero he oído muchas noticias por la radio y...

Tunney le palmeó las manos afectuosamente.

—No tienes por qué preocuparte —dijo—. Tu actitud era enteramente lógica; debías defender a tu esposo. Pero eso ya ha pasado. Ahora tienes que saber algo muy importante. No tienes apetito, ¿verdad?

—No —contestó ella desmayadamente.

—Meg te está preparando un desayuno como Dios manda. Tienes que comer, debes recuperar tu aspecto físico habitual.

—¿Para qué? ¿Qué más da comer o no comer...?

Tunney se volvió hacia la enfermera.

—¿Polly?

—Señora —dijo la aludida firmemente—, el doctor Spencer ha estado actuando con una ficha médica deliberadamente falsificada. Yo he encontrado la original, cuando usted fue al Memorial Hospital por primera vez, para hacerse los análisis y conocer las causas de los dos o tres desmayos que había sufrido. Era, simplemente, un estado de baja presión arterial, sin otras complicaciones. Usted no tiene ni ha tenido jamás leucemia.

Jill escuchaba aquellas palabras con los ojos completamente abiertos. Tunney añadió:

—Polly Reed es enfermera de ese mismo hospital y antigua conocida mía.

Los bellos ojos de Jill se llenaron de lágrimas.

—Pero... este estado de debilidad...

—Provocado por el doctor Spencer, para causarte la muerte, seguramente de acuerdo con tu esposo —declaró el joven.

—No... no puedo creerlo... Me parece un sueño... ¡Buckie! ¿No estarás engañándome? —gritó Jill, con acento lleno de desesperación.

Polly se arrodilló a su lado y le tomó las manos.

—Señora, juro por lo más sagrado que todo lo que acabamos de decirle es la pura verdad —exclamó.

Jill se desplomó sobre la hamaca. Neryna cambió una mirada con Tunney. El joven sonrió. En aquel momento, Meg apareció con el carrito del servicio.

—Su desayuno, señora —anunció.

—Vamos, Jill —exclamó Tunney—. Anímate; tienes que celebrar la buena noticia.

Polly ayudó a la joven a sentarse en una silla.

—Antes de dos semanas, dará gozo verla, señora. Coma sin miedo y olvídense de sus preocupaciones. Tiene que ponerse guapa para el sargento, ¿comprende?

—Pero yo estoy casada...

—Anda, aliméntate —aconsejó Tunney con la sonrisa en los labios—. Neryna, vas a hacer un buen reportaje, me imagino.

—Va a ser el mejor de mi vida —aseguró la periodista.

Los colores habían vuelto al rostro de Jill. Sonriendo, se recostó en la silla.

—Ahora me siento mucho mejor —confesó—. Pero ¿cómo llegaste a saber...?

Antes de que Tunney pudiera dar su respuesta, apareció la doncella.

—Señora, el doctor Spencer —anunció.

Tunney movió la mano.

—¡Rápido, Polly, escóndete hasta que te llame! —exclamó.

La enfermera corrió hacia la esquina más próxima de la casa. Spencer apareció a los pocos instantes, con su arrogancia habitual. Al ver la mesa del desayuno, pareció desconcertarse un poco.

—¡Caramba, señora Maxwell! Parece que hoy tiene mejor apetito...

—Es que le hemos dado una buena noticia, doctor —dijo Tunney —. Jill no tiene leucemia.

Spencer se puso rígido.

—Escuche, sargento; soy un médico bastante competente, modestia aparte, y cuando emito un diagnóstico, después de pruebas y análisis exhaustivos, me equivoco muy pocas veces.

—No lo dudo, doctor —respondió el joven sin inmutarse—. Sus diagnósticos son siempre certeros, menos cuando falsifica los datos de algún enfermo rico.

La ficha médica de Jill apareció repentinamente a la vista. Spencer se puso lívido.

Antes de que pudiera recobrase, Tunney le arrebató el maletín.

—Resultará muy interesante cuando lo presentemos como prueba contra usted, doctor, junto con la ficha que ocultó deliberadamente y la que falsificó con una supuesta leucemia que no existió más que en su imaginación —dijo acusadoramente—. En este maletín encontraremos una medicina muy especial, que no sólo causaba una gran debilidad a la señora Maxwell, por rebajarle la presión más de lo conveniente, sino por provocar también falta de apetito. Después de haber averiguado estas cosas, tengo la seguridad de que su paciente no habría durado ya más de un par de meses, en lugar de los seis que vaticinó hace pocas semanas.

»Se le va a acusar de tentativa de asesinato, doctor —continuó el joven, implacable—. Entonces, saldrán a relucir otros muchos crímenes... cometidos con anuencia de esposos y esposas de las víctimas... y, en el caso de Arabella Corton, de acuerdo con su sobrino, al que usted asesinó, colocándole en la vía del ferrocarril.

»Por su profesión de médico, usted, lógicamente, estaba enterado de los pacientes ricos que podían ser eliminados. Ignoro el procedimiento, aunque es de suponer que estudiaba cuidadosamente a las víctimas y luego se ponía de acuerdo con sus familiares, para enviarlos fuera de este mundo, mediante una buena recompensa, claro está. Jim Grisby no pudo pagarle y usted lo eliminó, tanto por venganza, como para dar ejemplo a otros posibles morosos, que se negaran a pagar la suma convenida, tras haberles liberado de un esposo o una esposa incómodos.

»Lo hacía muy bien, es preciso reconocerlo, aunque en el caso de la señora Corton obtuviese un resultado inesperado. No hace

mucho, falleció otra mujer enferma, pero muy rica. Susan Palmer, a causa de un ataque cardíaco. ¿Le contrató el marido? ¿Simuló usted ese ataque cardíaco?

Un helado silencio se produjo después de las últimas palabras del joven. Spencer respiraba afanosamente.

—En todo caso —dijo, con un gran esfuerzo—, no tiene usted ninguna prueba contra mí.

—Contamos con la medicina que prescribía inadecuadamente a la señora Maxwell, y contamos también con la ficha médica falsificada, en la que se daban datos de una enfermedad inexistente. También tenemos la ficha médica original, que usted no se atrevió a destruir, sino que solamente escondió, para cubrirse, con la excusa de un posible error, caso de necesidad —Tunney agitó el maletín—. Pero la medicina para rebajar la tensión, a una paciente que ya la tiene baja de por sí, no la hubiese aplicado ni siquiera un estudiante de primer curso. No, doctor Spencer, no le valdrán excusas, porque ahora se investigará a fondo su vida privada y saldrán a relucir cosas de las que no tenemos la menos idea.

»Pero, en cambio, sí sabemos de su afición a los coches caros, a los objetos de lujo, a las mujeres hermosas, a las orgías en El Triángulo de Fuego... ¿Fue usted quien le recomendó ese local al esposo de su paciente?

Spencer tenía las mandíbulas rígidas.

—¿Cuánto cobraba por cada asesinato? —preguntó Tunney.

—Eran vidas inútiles, personas que ya no servían para nada en esta vida... —protestó Spencer coléricamente.

—¿También la señora Maxwell, doctor?

El asesino calló. Tunney meneó la cabeza.

—Me parece que hizo usted un mal negocio al aliarse con Maxwell. Era un tipo que carecía de toda discreción, que debía dinero en grandes cantidades, que no tenía paciencia para aguardar a que muriese su esposa y heredar su fortuna... Maxwell cometía imprudencia tras imprudencia y así le fue.

Jill se enderezó en su asiento.

—¡Buckie! ¿Qué estás tratando de decir? —exclamó.

Tunney se volvió un poco hacia la joven.

—Lo siento, pero no quería declararlo hasta el momento oportuno —contestó—. Tu esposo ha muerto hace poco más de una

hora, al tirotearse con dos oficiales de policía, cuando le iban a arrestar, por sospechoso de asesinato.

Spencer lanzó una sarcástica carcajada.

—¡Vaya, hombre, es la primera vez que me alegro de que uno de mis clientes haya muerto antes de saldar su deuda conmigo!

Tunney agitó una mano.

—¡Polly! —llamó.

La enfermera se hizo visible. Spencer retrocedió un paso.

—Polly Reed arregló su archivo estos días, doctor —declaró Tunney—. Si sabe lo que esto significa...

Spencer retrocedió un paso. En sus ojos había aparecido de repente un brillo de locura. —¡Maldita entrometida!— rugió.

Inesperadamente, sacó un revólver. Las mujeres chillaron. Polly, aunque aterrada, tuvo la suficiente presencia de ánimo para echarse al suelo y esquivar así el primer disparo.

Una fracción de segundo más tarde, se oyó otra detonación.

Spencer dio un par de pasos hacia atrás, empujado por el poderoso proyectil salido del «Magnum 357». En sus ojos había ahora una enorme expresión de sorpresa.

Todavía se mantuvo unos instantes en pie. Luego, de golpe, como un saco bruscamente vacío de su contenido, se desplomó al suelo.

Tunney meneó la cabeza.

—Nunca me gustó esta clase de soluciones —dijo.

—Tal vez haya sido la mejor, incluso para él mismo —observó la periodista—. Señora Maxwell, ¿puedo telefonear a mi periódico?

Jill, muy pálida, asintió en silencio. Polly se acercaba lentamente.

—Disparó contra mí... —dijo, temblando todavía.

—Estaba obcecado —contestó Tunney, arrodillado junto al cuerpo del asesino. Unos segundos más tarde, se levantó y agregó—: Bien, el caso del Asesino Compasivo concluye en este mismo momento y en este mismo lugar. Polly, atiende a la señora Maxwell; yo tengo que ocuparme de otras cosas por el momento.

La enfermera hizo que Jill se pusiera en pie.

—Señora, lo mejor será que vuelva a su habitación —dijo prudentemente.

Tunney quedó a solas un instante, junto al cadáver de Spencer.

Se preguntó por qué un hombre de su clase, con fama y abundantes ingresos económicos, se había convertido en un asesino. ¿Sólo por ganar más dinero?

Estaba preparándose el desayuno, cuando apareció Neryna.

—¿Me invitas a una taza de café? —solicitó la periodista—. Claro —accedió él—. ¿Cómo te van las cosas en La Basura de Kelmonton?

—Estupendamente. Me han subido el sueldo... También ha subido mi cotización profesional, Buckie.

—Te felicito, Neryna. —Tunney le entregó la taza humeante—. Te has enterado de las últimas investigaciones sobre el caso de el Asesino Compasivo, supongo.

—Bueno, sé que encontraste en su casa una libreta, muy bien escondida, con algunas anotaciones enormemente interesantes, con nombres, apellidos, pelos y señales y cifras... Había ganado mucho dinero con sus trucos y los que le contrataron andan ahora locos con los abogados y los fiscales... Pero, a pesar de todo, nunca pude comprender del todo por qué un hombre de su categoría se dedicaba al asesinato contratado.

—Ahora que se sabe, es bien sencillo. En Kelmonton, Spencer había adquirido una bien merecida reputación. Pero había un par de tipos que le conocían desde hacía quince años. Entonces, Spencer tuvo algunos tropiezos a causa de unos abortos. Los chantajistas lo sabían y le amenazaron con destapar su pasado. Aquí, habría resultado su ruina.

—Comprendo. Por mucho que ganase honradamente, no era suficiente para acallar los apetitos de los chantajistas.

—Justamente. Y cuando ya estaba ahogado y no sabía qué hacer, tuvo su primer paciente, enfermo crónico, pero con largos años de vida todavía: Sam Farndon. La esposa estaba harta... y se puso de acuerdo con ella. Los demás, como las cerezas de un cesio.

—Sí, una metáfora muy adecuada. Pero ¡cien mil dólares por asesinato! ¡Qué barbaridad! —se escandalizó Neryna.

Tunney se echó a reír.

—Con los gastos que tenía... Era como echar agua a un cesto; nunca se le llenaba.

—No cabe duda. Está bien, otra cosa, sargento.

—Dime, encanto.

—¿Qué sabes de Jill?

Tunney guardó silencio. Neryna insistió:

—Hace más de un mes que falta de la ciudad —indicó.

—No sé dónde está —respondió él. Apuró su taza de café—. Bueno, yo tengo que ir al trabajo. Tú, supongo, te retiras ahora.

Neryna no contestó. Tunney apreció que tenía la vista fija en algo que se divisaba a través de la ventana.

Un elegante coche deportivo, de color rojo, acababa de detenerse frente a la casa. La conductora se apeó, alta, elegantemente vestida con una chaquetilla corta, de color claro, blusa y pantalones. Su espléndida cabellera rubia estaba parcialmente oculta por el pañuelo de vivos colores que llevaba a la cabeza.

—Hay una puerta trasera en esta casa, supongo —dijo Neryna.

—Sí —contestó Tunney.

Tenía los ojos fijos en la hermosa joven que avanzaba hacia la casa. De pronto, salió de su inmovilidad y se acercó a la puerta.

—¡Hola! —saludó instantes después.

Jill le miró fijamente.

—Siento no haber podido venir antes —dijo.

—No tienes por qué disculparte —contestó Tunney—. ¿Quieres un poco de café?

—Gracias.

Jill dejó a un lado el bolso que llevaba pendiente del hombro. Luego, con ojos curiosos, recorrió el interior de la casa. Era sencilla, pero confortable.

Tunney vino a poco con una bandeja en las manos.

—Tienes un aspecto magnífico —observó, mientras llenaba la taza de su visitante.

—He pasado una temporada en una playa —explicó ella—. Necesitaba reponerme y también meditar profundamente. Por otra parte, esperaba el resultado de la auditoría que encargué a mis abogados. Fui una tonta; Ronald dilapidó la mayor parte de mi fortuna. Estaba ciega...

—Eso ya no importa ahora. Lo que realmente interesa es que vives.

Jill sonrió.

—Gracias a ti, Buckie.

—Lo hice un poco... de rebote.

—No importa por qué lo hicieras; me salvaste la vida. Aunque opino que también había ciertas motivaciones personales en tu actitud. Tunney asintió.

—Francamente, se me hacía insoportable la idea de que tuvieras que morir tan joven. Pero si no hubiera sido por Polly... Bueno, el caso es que todo ha terminado. Ahora estás como si acabases de despertar. Un día, todo te parecerá un sueño; ya lo verás.

—Quizá tú puedas ayudarme, Buckie.

Tunney frunció el ceño.

—Jill...

Ella dio dos pasos hacia el joven.

—He aprendido mucho en todo este tiempo —dijo cálidamente—. No todo es el dinero, sino la amistad y el afecto sinceros también tienen su parte en esta vida, y tal vez más importante aún. Buckie, he oído decir que te van a ascender muy pronto.

—Sí, eso se dice.

—Entonces, quieres seguir en la policía.

—Me gustaría, Jill.

—No quiero influir en tu vida profesional. Por nada del mundo se me ocurriría pedirte que dimitieras. Pero creo que ya es hora de que corriamos pasados errores.

—¿Qué quieres decir, Jill?

Ella sonrió dulcemente.

—Estoy hablando con el hombre que siempre me ha amado y que nunca me pidió nada. En cambio, yo te pido ahora que no me dejes nunca más.

De pronto, le abrazó apasionadamente.

—Necesito olvidar, necesito ser feliz...

—Muchas veces vendré tarde a casa. En ocasiones, me pasaré la noche entera en vela. —No me importa; tú siempre regresarás a tu hogar y yo estaré aguardándote allí, sea la hora que sea y tardes lo que tardes. Pero esa espera valdrá la pena, sólo por tenerte después a mi lado. ¿Me entiendes, Buckie?

Los brazos de Tunney se cerraron en torno a la esbelta cintura de la muchacha.

—Si piensas así...

—Jamás pensaré de otro modo —aseguró ella firmemente.

Levantó su hermoso rostro y sonrió—: Buckie, ahora puedes hacer algo que siempre has deseado... ahora, luego, mañana... ¡todos los días! ¡Bésame, querido, bésame! ¡Soy tuya para siempre! —exclamó apasionadamente.

Tunney se inclinó. En aquel momento, pensó, empezaba una nueva vida para los dos.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

